# UN ÚLTIMO INSTANTE CONTIGO



# Índice

**Portada**

**Portadilla**

**Capítulo 1. Colofonia**

**Capítulo 2. Tricerátops**

**Capítulo 3. Eso azul**

**Capítulo 4. Sándalo blanco**

**Capítulo 5. Nombre**

**Capítulo 6. Susurros**

**Capítulo 7. Diario**

**Capítulo 8. Masajes**

**Capítulo 9. Labios**

**Capítulo 10. Lente**

**Capítulo extra. La joven bajo el níspero**

**Agradecimientos**

**NOTA DE LA AUTORA**

**Notas**

**Créditos**

# Un último instante contigo

Naoko Higashi

Traducción de Marta Moya

NEKO BOOKS

# Capítulo 1
# Colofonia



Había mucha conmoción. No podía ver a las personas a mi alrededor, pero eran una multitud. De personas o lo que fueran. Algo. Estaban agitados.

«¿De eso se trata entonces? ¿Esto es lo que se siente?».

Estaba muerta. Tenía toda la pinta. De eso no me cabía duda.

No esperaba que mi vida terminase a los cuarenta. Mentiría si dijese que no me daba pena, pero una tenía que aceptar su destino. Al menos me iba convencida de haber hecho todo lo que había podido. Había sido duro.

Qué remedio.

Tampoco podía decir otra cosa.

Sin embargo, ¿qué era ese jaleo? Ojalá cesase pronto.

La imagen fue aclarándose poco a poco. Sí, sin duda me rodeaba una multitud agitada. Empezaba a ver esas «cosas que habían sido personas» retorciéndose apiñadas. Brillaban y parecían decir algo. Algunas de esas «cosas que habían sido personas» intentaban hablar conmigo.

«¿Eh? ¿Qué dicen? No lo oigo bien».

Vi unos dedos. Señalaban a alguna parte, como si hubiese algo que quisieran que mirase.

¿Un texto? Sentía las letras. ¿Qué ponía?

No alcanzaba a leerlo. Entrecerré los ojos.

¿«Archivero de almas»?

Oh, no. ¿Me iban a encerrar para siempre en un cajón? Pero si yo no había hecho nada malo.

Absolutamente nada.

Ah, ya lo había vuelto a pensar, por enésima vez. ¿Cuántos miles de veces lo habría pensado ya? ¿Y cuántas otras lo habría verbalizado?

«¿Por qué me ha tocado a mí ponerme enferma?».

«¿Por qué soy la única que no se cura?».

«¡Pero si en mi vida jamás he hecho nada malo!».

¿Cuántas veces había llorado haciéndome esas preguntas? ¿Y cuántas veces hice llorar a quienes me rodeaban?

Además, ¿a qué me refería exactamente con «nada malo»? Siempre repetía lo mismo, pero ni siquiera sabía definirlo. Aunque, llegados a este punto, tampoco es que importase demasiado. ¿Por qué mis sentimientos iban siempre en la misma dirección? Hacia lo negativo, hacia lo oscuro.

Sin embargo, si me hubiesen preguntado cómo podría haber cambiado el rumbo de mi vida, tampoco habría sabido qué responder. Además, ya no me apetecía seguir dándole vueltas.

Hasta donde sabía, todo había terminado. Mi vida había terminado.

Agité mi «yo» sin cuerpo en el aire en un intento de alejarme del ruido.

Pero, en ese instante, algo me atrapó.

—Espera un momento.

Ahí estaba, el «archivero de almas». Qué horror. Me iban a archivar.

Bueno, ¿y qué más daba? Ya no había nada que temer.

—¿Y ahora qué vais a hacer conmigo? —pregunté, en tono desafiante.

—¿Que qué vamos a hacer contigo? ¿Has leído bien?

Una mano blanca se movió ondulante delante de las letras. Volví a leer lo que ponía y me di cuenta de que me había equivocado.

«Guardián de almas».

—Vaya, entonces, ¿no me vais a archivar? ¿Eres el guardián?

—Exacto, ese soy yo. El guardián de almas —respondió, y un agujero negro se entreabrió en esa faz blanca y lisa—. Y estoy aquí para que me digas qué destino deseas. Sé que estás buscando uno.

—¿Un destino?

—Sí, un destino. Como guardián, enseguida me doy cuenta de qué almas andan buscando un destino. Todo en ti te delata. Buscas algo a lo que aferrarte. Podrás cumplir tu deseo si este es firme. Tienes la oportunidad de aferrarte a algo de este mundo.

—¿A algo de este mundo?

—Sí. Cualquier cosa sirve. Di lo que se te ocurra. Te convertirás en lo que quieras ser y podrás volver a experimentar esta realidad. Sé que lo estás deseando. Sin embargo, no puedes elegir un ser vivo, pues todo ser vivo posee un alma original. Pero, bueno, tampoco estás obligada a nada.

Cuando terminó de hablar, su agujero se cerró.

—De acuerdo, dame un momento.

Pensé en la casa donde había vivido. Shinji, mi marido, y Yōichi, mi hijo, seguramente seguirían allí. La habíamos comprado con una hipoteca a treinta y cinco años; era una casita pequeña con un tejado de color verde oscuro. Yōichi dormía en la habitación del piso de arriba que daba al oeste y Shinji y yo, abajo, en el cuarto con suelo de tatami. Esa había sido nuestra intención, vivir siempre entre aquellas paredes.

Al poco de ingresar en el hospital, me invadió un presentimiento, la certeza de que jamás saldría de allí. Sin embargo, mientras

contemplaba abstraída el paisaje al otro lado de la ventana, seguí pensando en esa casa, en acostarme cada noche y levantarme todas las mañanas en la misma habitación, así un día tras otro. A pesar del dolor que me retorcía el cuerpo y el sudor que me empapaba, nunca dejé de pensar en esa casa.

¿Qué estarían haciendo Shinji y Yōichi? Como había vivido solo mucho tiempo, a mi marido las tareas del hogar se le daban bastante bien. Cuando ingresé en el hospital, me repitió una y otra vez que no me preocupase por nada, que él se haría cargo de todo y que Yōichi también le ayudaría.

Yōichi... Yōichi era un buen chico. Ah, entonces me acordé. No debía de faltar mucho para el último partido oficial de la liga de béisbol de las escuelas de secundaria. ¿Cómo andaría la clasificación? «Te prometo que iré a verte». Se lo dije una y mil veces, hasta el último día. «Tú continúa entrenando duro, ¿vale?».

Que siguiera entrenando, ¿eh?

Qué irresponsable por mi parte. Al final no había cumplido mi palabra. Todos le decían siempre lo mismo, que él era la estrella del equipo y que tenía que darlo todo. Quizá yo, su madre, podría haberle dicho lo contrario: que de vez en cuando también podía descansar.

«No puedes rendirte, tienes un hijo», me había dicho la mía, en el hospital. Un comentario que me hirió en lo más hondo. ¿Por qué acabé haciendo yo lo mismo con Yōichi? Solo había prolongado la cadena de sufrimiento.

«Si de verdad tengo la oportunidad de aferrarme a algo —pensé —, me gustaría pasar más tiempo con Yōichi, apoyarlo y protegerlo». Solo tenía catorce años.

—Yōichi... —murmuré.

—Yōichi... ¿qué? —preguntó a su vez el guardián, abriendo ese agujero.

—Quiero estar a su lado.

—Me parece bien. Es tu hijo, ¿verdad? En ese caso, ¿quieres aferrarte a algún objeto cercano a él? ¿Qué se te ocurre? Tienes que concretar más.

—Ya...

Hice una lista en mi cabeza de todos y cada uno de los objetos más cotidianos en la vida de Yōichi. Su mochila, la fiambrera del almuerzo, el estuche, el uniforme, la gorra, el bate de béisbol, los guantes, las botas, los calcetines... Todo muy negro. Además, siempre aprovechaba sus cosas hasta que se rompían. Si poseía uno de esos objetos, seguramente podría estar con él mucho tiempo, hasta que dejara de servirle.

Sin embargo...

Esos guantes y botas raídos se parecían demasiado a mi cuerpo consumido por la enfermedad. Por mucho que el sufrimiento hubiese terminado, seguía siendo desagradable.

—Me conformo con estar a su lado solo un poco más de tiempo... —dije, buscando un consejo—. Al menos me gustaría acompañarlo durante su último partido de secundaria.

—Entiendo... —dijo el guardián, abriendo en su rostro un par de agujeros que parecían unos ojos negros—. En ese caso, quizá deberías elegir algún artículo de consumo, algo que vaya a utilizar durante el partido de béisbol.

—Un artículo de consumo... —susurré, mientras intentaba visualizar un partido de béisbol—. ¡Ya lo tengo! ¿Cómo se llama eso...? Esa especie de polvillo blanco que los jugadores se ponen en las manos antes de lanzar la pelota...

—Eso se llama *colofonia*.

—¡Exacto! ¡En eso es en lo que quiero convertirme!

—La colofonia se guarda dentro de una bolsita de tela. Tú quieres ser el polvillo blanco, ¿no? Ten en cuenta que, cada vez que se utiliza, buena parte se disemina por el aire y se pierde. Cuando quede menos de la mitad del contenido, ya no habrá nada a lo que aferrarte y eso significa que desaparecerás por completo de este mundo. No podrás volver a poseer otro objeto nunca más.

—Me da igual. Así está bien. Tanto para mí como para mi hijo. Es mejor que no me quede demasiado tiempo. Cuanto más lo alargue, más difícil será la despedida.

—Hum... —El guardián volvió a cerrar sus dos agujeros—. Has tomado tu decisión y me parece bien. Queda adjudicado. Serás la colofonia que Yōichi utilizará en el último partido de béisbol de la liga. —El guardián se frotó las palmas de las manos y, de entre ellas, hizo aparecer una hoja de papel semitransparente—. Este es el contrato. Tienes que soplarlo.

—¿Eh? ¿No tengo que poner mi sello?

El oscuro agujero en el rostro del guardián soltó una risotada.

—¿Acaso lo llevas encima?

—Pues tienes razón.

La luz iluminaba el papel, en el que se podían leer las siguientes palabras: «Yōichi», «colofonia», «béisbol» y «partido oficial». Cogí aire con todas mis fuerzas y soplé suavemente encima de las letras, procurando no dejarme ninguna. A medida que soplaba, sentí como, poco a poco, me iba haciendo cada vez más pequeña.

Cuando recuperé la conciencia, me encontraba en el suelo, bajo un sol abrasador. Unos dedos se cernieron sobre mí. Un instante más

tarde, estaba en la palma de la mano de Yōichi. Luego me tapó con la otra.

Dio un par de palmadas.

Un poco de mí salió volando.

Mientras me perdía en el aire, atisbé el perfil de mi querido hijo, a quien tanto había echado de menos. Parecía a punto de romper a llorar. Yōichi siempre ponía esa cara cuando estaba nervioso. Siempre, siempre, desde muy pequeño.

Pese a su estatura, un poco más alto que los otros niños, su corazón se agitaba con facilidad. Yo lo sabía muy bien.

Yōichi era el corredor más veloz. También quien lanzaba las bolas más rápidas. Por eso todos lo animaban para que se esforzara más y él, siempre comprometido, se ponía cada vez el listón más alto. De ahí que siempre, siempre, siempre pusiera esa cara que parecía que fuese a llorar.

Yōichi me tiró al suelo. Vi el marcador. Sexta entrada, tres a dos. Dos eliminados. Sin corredores.

Yōichi lanzó la bola. Recta. Rápida.

Se oyó un golpe metálico.

Sus botas me pisaron. Le habían hecho un *home run*. Yōichi permaneció en su lugar, inmóvil. El marcador cambió a tres a tres y el receptor se le acercó corriendo. Era Takuma, su mejor amigo, que le contó algo al oído. Yo no pude oírlo, pero mi hijo asintió varias veces. «Di algo, Yōichi. Quiero oír tu voz».

Cuando terminaron de hablar y Takuma regresó a su puesto de receptor, mi hijo se alejó un poco de mí, golpeó el suelo con los pies un par de veces y volvió a esparcirme por sus manos.

Habían empezado ganando el partido, pero justo después de mi llegada les habían marcado un *home run* y ahora estaban

empatados. Qué desastre. «Cálmate, hijo mío», le susurré, desde la palma de su mano, antes de que él volviese a echarme al suelo.

Yōichi eliminó al siguiente bateador. Suspiré, contemplando el cielo azul mientras cambiaban los jugadores. Qué hermoso. El cielo era precioso. No lo recordaba tan bonito. Deslumbraba.

Esta vez me esparcieron por las manos del lanzador del equipo contrario. Su sudor olía de una forma distinta.

De sus dedos pasé a la pelota y luego salí disparada hacia el guante del receptor. Al impactar contra él, mi conciencia se dispersó por el aire. Yōichi esperaba de pie en la posición del bateador. Rocé suavemente su espinilla y desaparecí.

Desde dentro del saquito de colofonia que reposaba encima del montículo, podía ver el bate de Yōichi cortando el aire. Era negro y de fibra de carbono. Si no me fallaba la memoria, lo habíamos ido a comprar juntos a la tienda de delante de la estación, Mizumura Sports, cuando cumplió doce años. Desde entonces mi hijo había crecido unos quince centímetros y, ahora que volvía a verlo, me pareció que había crecido otros tantos después de que yo hubiese dejado este mundo.

Yōichi bateó la pelota, que dibujó una hermosa parábola en el cielo y aterrizó con firmeza en el guante del receptor central.

Lo observé mientras se alejaba con la cabeza gacha. ¿Quién sería el siguiente bateador? Ah, sí, enseguida reconocí al grandullón de Masaharu, un chaval de segundo robusto como un armario y que medía casi metro ochenta. Era la fuerza motora del equipo de pusilánimes de Yōichi.

«Tú puedes, Masaharu. Golpea y gana», recé, mientras me rendía a una ráfaga de viento.

Un estallido limpio y metálico resonó en el estadio a la vez que la pelota blanca cruzaba el cielo ante mí.

*Home run*. Masaharu acababa de saldar la deuda que había dejado Yōichi.

Los siguientes dos bateadores fueron eliminados y Yōichi regresó al montículo. Cuando me tocó, sus manos me parecieron más cálidas que antes. Me esparcí por sus palmas y gran parte de mí se perdió en el aire.

Séptima entrada, ahora atacaban los otros. Los partidos oficiales de secundaria siempre tenían un máximo de siete juegos, de modo que, si defendía bien, el equipo de Yōichi aún podía ganar. «Lo conseguiréis, lo conseguiréis», susurré tranquila a los pies de mi hijo.

Yōichi eliminó sin dificultades a dos bateadores. Se oyeron aplausos. Pensé que el siguiente bateador sería el último, pero acertó la primera pelota y llegó a la base. A continuación, salió otro que, tras dos *strikes*, obtuvo base por bolas, mientras que al siguiente se le otorgó una base porque la pelota lo golpeó a él. Yōichi se quitó la gorra y se disculpó con una reverencia. El bateador corrió hacia la base. Ahora estaban todas llenas. El siguiente bateador avanzó con tranquilidad hacia el montículo. Sus ojos desprendían un brillo intenso debajo del casco negro.

Si ese chico lograba golpear la pelota que le lanzase Yōichi, adiós al partido: habrían perdido.

«Cálmate, hijo mío».

Me imaginé su rostro a punto de llorar, pero cuando le miré descubrí en él una ligera sonrisa. Tras intercambiar unas señas con Takuma, el receptor, Yōichi asintió casi imperceptiblemente. Luego se agachó y agarró un puñado de mí. Cerró los ojos en un gesto de concentración y me esparció con brío por sus palmas. Volví a saltar por los aires.

Vi su nuca, el cinturón rojo de su uniforme y, un instante después, el sol me cegó. A continuación, ya no vi nada más.

Acababa de perder mi cuerpo.

«Espera, espera un momento, por favor. Solo un momento más. El partido está a punto de acabar».

¿Había ganado? ¿O había perdido?

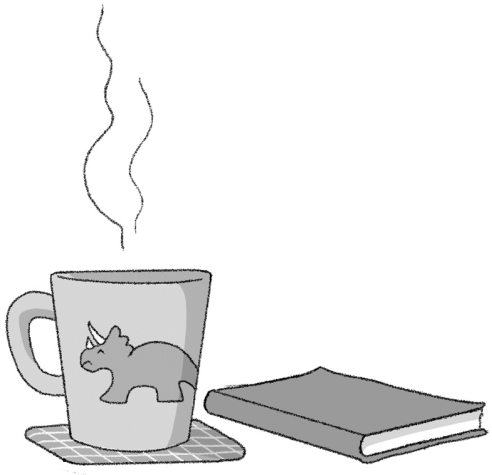
Aunque... ¿de verdad importaba? Yōichi había estado espléndido. Había lanzado unas bolas maravillosas. Había disputado un gran partido. Y así seguiría de ahora en adelante. Le tocaba a él pensar y luego lanzar. Mi niño.

Mi deber de madre había concluido. Aunque había sido poco tiempo, me sentía feliz de haberlo visto y haber estado con él una última vez. Con eso me conformaba.

«Adiós, Yōichi. Para siempre».

«Me voy al otro lado de la luz de este cielo de verano».

# Capítulo 2
# Tricerátops



—¡Es mentira, no me lo creo! ¡Es imposible! —grité sin pensar.

Esa especie de individuo blanco que se hacía llamar «guardián de almas» abrió un agujero y exhaló poco a poco.

—Entiendo cómo te sientes, tu muerte ha sido muy abrupta, es normal que te cueste aceptarlo. Los fallecidos en un accidente como el que acabas de sufrir suelen decir estas cosas.

—¿Un accidente?

—Te ha atropellado un coche en el cruce. Ha aparecido de repente por la derecha. Ibas en bicicleta.

En bicicleta... Poco a poco empecé a recordarlo. Es verdad, la bici. Era de noche y me apetecía un yogur, así que cogí la bici para ir al supermercado abierto las veinticuatro horas. En plena noche, pensé que sería más seguro que ir andando, porque, en caso de que me topase con algún rufián, podría huir más fácilmente.

Un yogur. ¿Estaba muerta por culpa de un miserable yogur? ¿En serio?

—Pero he mirado el semáforo antes de cruzar. Estaba en verde.

—Ya, tú no has cometido ninguna infracción. Pero, al parecer, el coche que ha girado por la derecha no te ha visto. No iba muy rápido, pero te ha golpeado en mal sitio y el resultado ha sido fatal. Es una lástima. Has muerto al instante. Aun así, debes saber que el conductor no ha huido. Se lo procesará por el delito de homicidio involuntario, así que no te preocupes.

—¿Cómo que no me preocupe? He muerto, ¿no? Ya no puedo volver, ¿no? ¡Hagan lo que hagan con ese tipo, yo no volveré a la vida! ¡Estoy muerta!

—Así es, de modo que... —el guardián se aclaró la garganta— me encargaré de preparar tu destino.

—¿Mi destino?

—Exacto. Aquellos que se van con un mal sabor de boca, que no aceptan su muerte, que quieren volver a ver a algún ser querido o asegurarse de algo... El guardián de almas trabaja día y noche para todas estas personas.

—Pues la verdad es que sí, me voy con muy mal sabor de boca, no puedo aceptarlo, quiero volver a ver a mis seres queridos y comprobar ciertas cosas...

Mientras hablaba, el primero que me vino a la cabeza fue Wataru, el hombre con quien me había casado dos años antes. Pronto sería mi cumpleaños. Teníamos planeado ir de viaje a Francia. Estaba en el mejor momento de mi vida. ¿Por qué todo había tenido que terminar por el antojo de salir a comprar de noche un maldito yogur? ¡¿Por qué?!

Esa última frase se me escapó de entre los labios en forma de grito.

—Cálmate, por favor.

Cerré los puños mientras temblaba de ira. El guardián puso una mano encima de la mía. Estaba fría y ligeramente húmeda.

—Quiero ver a Wataru. —Cuando lo dije, las lágrimas me inundaron los ojos—. Devuélveme al mundo. Devuélveme a su lado.

—Me parece bien —dijo el guardián, asintiendo ostentosamente—. Puedes aferrarte a alguna pertenencia de Wataru, así tu deseo de volver a verlo se hará realidad. No puedo darte de nuevo la vida, pero sí hacer que compartáis algo de tiempo juntos.

«¿Una pertenencia de Wataru? —pensé—. ¿Qué estará haciendo ahora?».

Si era por la mañana, seguramente se estaría tomando su café. Con esa taza que tanto le gustaba, la que compramos cuando fuimos juntos al museo, la del *Tricerátops.*

A Wataru le gustaban mucho los dinosaurios. «Mira qué preciosidad», decía, mientras acariciaba con los dedos los tres cuernos del animal. De tanto tocar siempre la misma parte, el dibujo estaba un poco descolorido en esa zona. Cada vez que agarraba la taza, sus dedos buscaban sin pensar esa cabeza medio borrada.

¿También la estaría tocando esa mañana? «Mira qué cuernos», diría, pero ahora ya no habría nadie que lo escuchase. Debía de sentirse muy solo.

—Quiero convertirme en la taza del *Tricerátops.*

—Oh, entiendo. Me parece muy buena idea. Wataru sigue utilizando esa taza cada día. De acuerdo, procederé a preparar el contrato.

El guardián sacó un papel semitransparente de entre sus manos en el que temblaban tres palabras: *Wataru*, *taza* y *Tricerátops*. Me pidió que soplase encima y obedecí.

Cuando terminé de soplar, me había convertido en la taza. Un instante después, noté el tacto de su mano, que tanto había echado de menos. La mano de Wataru, grande y áspera.

Wataru era diseñador y utilizaba tanto los lápices que siempre tenía las puntas de los dedos ligeramente teñidas de negro, como un tatuaje. Sentí un cosquilleo. Wataru estaba acariciando los cuernos del *Tricerátops* con el dedo índice. Él seguía vivo. No había lugar a duda. Yo había perdido mi cuerpo humano y ahora Wataru me sujetaba entre sus manos.

Un ligero vapor emanaba del café instantáneo que había vertido dentro de mí. Wataru me alzó y me tocó con sus labios. Los noté secos y carnosos. Este nuevo cuerpo me había regalado otro de sus besos. Todavía con el café en mi interior, me sentí muy dichosa y pensé que rompería a llorar.

Se detuvo, aún con los labios en la taza. Los dedos que sostenían el asa temblaron ligeramente, contagiándome su vibración. El temblor no cesó y, al cabo de un rato, me dejó encima de la mesa.

«¿Wataru? ¿Qué te pasa? ¿Estás llorando?».

Se tapó la cara con ambas manos.

«No llores. Estoy aquí, estoy aquí contigo».

Wataru nos dejó a mí y al café, y se fue a trabajar.

Me quedé en esa habitación a oscuras, esperando su regreso. Al fin se encendieron las luces. Era él. «Bienvenido a casa», pensé. Él me miró. Me abrazó con ambas manos y sus dedos acariciaron los cuernos del *Tricerátops*. Luego, con expresión de determinación, se bebió de un trago el café frío.

«Me ha oído. Me ha oído darle la bienvenida», pensé.

Después de vaciarme, Wataru me lavó esmeradamente con agua caliente. Sus toscos dedos tocaron cada rincón de mí, dedicando una atención especial al fondo, donde aún quedaban restos de café adheridos. Wataru me frotó presionando con fuerza las yemas de los dedos para borrar de mi cuerpo el color y el olor del café.

A continuación, me dejó con cuidado y del revés encima del escurridor. Grandes gotas de agua resbalaron por mi cuerpo. Desde ahí arriba, tenía una buena perspectiva de la mesa de la cocina y hasta del sofá del salón, al fondo.

Wataru cenó y luego se acomodó en el sofá para ver la televisión. Como desde mi muerte vivía solo, apenas oía su voz, pero al menos podía disfrutar de su perfil. Con eso me conformaba.

Wataru me tocaba todos los días. Todas las mañanas se tomaba su café conmigo. Yo solo podía acariciarle los labios y los dedos, pero sentir su roce con todo mi cuerpo me proporcionaba una dicha inconmensurable. Me alegraba de ser su taza. Su taza favorita, la del *Tricerátops*. Había tomado la mejor decisión.

Así transcurrió un año.

Hasta que de repente apareció una mujer. Era medianoche.

La vi desde el escurridor. Estaba borracha. Wataru también.

—Yo dormiré en el sofá —dijo él—. Puedes quedarte en la cama.

«¿Qué dices, Wataru? ¿Vas a prestarle a esa mujer la cama donde dormíamos juntos?».

—¿Por qué? —preguntó ella, con voz empalagosa—. Duerme conmigo en la cama, anda.

—¿Qué dices? Solo has venido porque has perdido el último tren, ¿o no?

—No solo por eso —respondió ella. Sus ojos no eran los de una borracha. Estaba en su pleno juicio—. Esa no es la única razón.

Miraba a Wataru fijamente. Él tampoco parecía borracho ya, como si hubiese despertado de golpe. Le sostuvo la mirada. Esos eran los ojos de un hombre.

«No lo hagas, Wataru. No te dejes engañar. Lo tenía todo planeado, solo quería seducirte. Es una bruja calculadora. Es perversa. Es una víbora. Yo lo sé».

No era mi deseo que Wataru permaneciera solo el resto de su vida. Pero con esa mujer no. Puede que tuviese cierta belleza, pero llevaba un maquillaje muy llamativo y era una mala persona. «Con ella no, con ella no, Wataru. No caigas en su trampa».

Intenté transmitirle estos pensamientos con todas mis fuerzas, pero Wataru se dejó arrastrar hacia el dormitorio y lo perdí de vista. Me quedé sola en el escurridor.

«¡Wataru! ¡Wataru! ¡Wataru!».

Aunque grité su nombre una y otra vez desde la oscura cocina, nadie me oyó. Ambos permanecieron en el dormitorio hasta la mañana siguiente.

A partir de esa noche, esa mujer fue apareciendo a menudo por casa. Wataru dejó de utilizar la taza del *Tricerátops*, o sea, a mí. Ella le preparaba el café en otra taza diferente mientras yo permanecía olvidada encima del escurridor. Lo único que podía hacer era contemplarlos inmóvil y en silencio mientras charlaban animadamente.

Cada día que pasaba, esa mujer se volvía más hermosa. Wataru también iba recuperando la alegría poco a poco. Se estaban enamorando.

Un año antes yo también había contemplado a Wataru con esa mirada. Y él a mí. Yo era quien se sentaba en esa silla. Ese era mi lugar.

No podía perdonarlo. No podía aceptar que mirase a otra mujer con esos ojos. «Quítate de ahí, bruja. Ese es mi sitio».

¿Qué podía hacer? ¿Por qué tenían que castigarme así? ¿Solo por haber salido a por un yogur en plena noche?

Wataru y esa mujer se besaron delante de mí. La tocó con sus manos.

«No lo hagas. Es a mí a quien deberían besar tus labios. Es a mí a quien deberías tocar». No podía soportarlo. No podía seguir viéndolo. Era un infierno. No tendría que haber recibido ninguna segunda vida.

«Wataru, si piensas seguir con esta mujer, al menos destrúyeme. Rómpeme en mil pedazos. Conviérteme en polvo».

Pero tampoco mi desesperación fue escuchada.

Un día la mujer se presentó con un paquete decorado con un lazo rojo.

—Ábrelo —le dijo.

—Oh, ¿qué será? —contestó él contento, mientras desataba el lazo, desenvolvía el paquete y lo abría. Dentro había un juego de dos tazas de porcelana Ginori—. Esto es...

Wataru había perdido el habla.

—Para que nos tomemos el café juntos —explicó ella—. Una buena taza cambia mucho el sabor.

—Ah, ya... —musitó Wataru, mientras me miraba de reojo. Luego sacó las tazas de porcelana y las contempló detenidamente.

—Verás —empezó ella—, es que me gustaría cambiar toda la vajilla.

—¿Eh? —Wataru la miró aturdido.

—No tiene que ser ahora. Quiero aceptar a tu difunta esposa. Sin embargo, los utensilios de cocina son parte del día a día, ¿no? Es que, ¿cómo decirlo? Ver las cosas que utilizabais los dos cada día es algo demasiado duro para mí. Os imagino cocinando o comiendo con estos platos y cubiertos y siento que están impregnados de muchas cosas. Su simple presencia se me hace difícil de sobrellevar.

—Sí... Te entiendo —dijo Wataru, frunciendo el entrecejo.

«¿Cómo que "sí"? No digas que la entiendes. No cedas a los caprichos de esta descarada que quiere cambiar toda la vajilla».

—No tienes que hacerlo ahora y de golpe. Despacio. Solo me gustaría ir cambiando las cosas poco a poco...

Dejó la frase a medias. Un terremoto sacudió la casa. Era de los grandes. Los platos y tazas dentro de la alacena temblaron y repiquetearon entre sí. Yo también me sacudí con un golpeteo

metálico. Los clavos del escurridor se habían aflojado y esto hizo que el ruido se intensificase.

—Qué alboroto —dijo Wataru, mientras me tomaba entre sus manos y me abrazaba con las palmas. Había echado de menos su tacto. Era tan confortable...

Al cabo de unos segundos, el terremoto cesó y Wataru me dejó encima de la mesa. Me miraba fijamente. La mujer, que estaba de pie, tampoco me quitaba el ojo de encima.

—Lo siento, pero... —dijo Wataru suavemente, al cabo de un rato —. ¿Te importaría llevarte esas tazas?

—¿Eh?

Ella lo miró sin disimular su asombro.

—Es que por un momento he pensado que todas las cosas de la cocina iban a romperse y... —dijo Wataru, pero se quedó mudo a media frase.

Ella permaneció callada. Wataru parecía como si quisiera decir algo, pero no encontraba las palabras.

—Lo siento —fue todo lo que logró articular, como si tuviese que exprimir las sílabas de su garganta. Luego volvió a meter con delicadeza las tazas de porcelana en la caja de donde las había sacado y la cerró—. Es que, no sé, es como si no encajaran.

Como si quisiera que el paquete luciese igual que antes de abrirlo, Wataru volvió a envolverlo con el papel y le ató el mismo lazo rojo. No le salió demasiado bien; le quedaron muchas arrugas y el lazo se le torció un poco.

Desde donde yo estaba, podía ver a la perfección el rostro de la mujer. Sus ojos cuidadosamente maquillados con el delineador y esa pesada sombra se abrieron de par en par mientras contemplaban a Wataru envolviendo sin maña el paquete. Sus labios, también

pintados y perfilados, temblaron ligeramente, pero no pronunció ni una palabra. Wataru le alargó la caja y ella la tomó en silencio.

Entonces alzó el rostro y lo miró con frialdad.

—No puedes olvidar a tu esposa, ¿verdad?

—No es eso —musitó él—. Es que yo no soy así. A mí... A mí me gusta esto.

Wataru me agarró por el asa y me alzó.

—¿Qué es eso?

—Un *Tricerátops* —respondió él alegre—. Me gustan estos tres cuernos que tiene.

La mujer permaneció unos instantes en silencio atónita, hasta que finalmente abrió la boca.

—Me voy. Ya veo que me he equivocado con este regalo —dijo, como si estuviese conteniendo algo.

—Lo siento. —Wataru agachó la cabeza.

Ella agarró la bolsa de papel y, casi corriendo, se fue al recibidor. Cerró de un portazo que resonó por toda la casa y luego oímos sus pasos alejándose por la calle.

Wataru me enjuagó con un poco de agua y volvió a dejarme en el escurridor. Luego abrió el armario y fue comprobando plato por plato que nada se hubiese roto.

Esa mujer no volvería a poner los pies en nuestra casa. Estaba convencida de ello.

Entonces hubo otro terremoto. Esta vez fue más suave que el anterior, pero también más largo. Mientras tamborileaba encima del escurridor, contemplé a Wataru, que sostenía el armario de la vajilla. Él, a su vez, me miraba fijamente. Nos observamos. «He ganado», pensé, mientras repiqueteaba en el escurridor de metal.

¿A quién se le ocurría regalarle porcelana Ginori a Wataru? Solté una carcajada.

Seguía siendo el *Tricerátops* preferido de mi Wataru. Tenía tres cuernos. Y le encantaban, ¿a que sí?

«Tócame, Wataru».

# Capítulo 3
# Eso azul



—Dián-de-al-mas.

Ese señor me dijo que leyera la etiqueta y así lo hice. Entonces alzó un dedo blanco y lo blandió en el aire.

—Lo has dicho mal. Te has dejado la primera sílaba. Es «guar-dián-de-al-mas».

—Guar-dián-de-al-mas.

—Perfecto, ahora sí. Dime, pues, ¿a qué quieres aferrarte?

—¿Eh...?

Torcí el cuello sin saber de qué me estaba hablando.

—A ver... —Dos agujeros redondos se abrieron de par en par en su rostro—. ¿Cómo te lo explico para que me entiendas? Muy resumido, tienes la oportunidad de convertirte en lo que quieras. Elige una cosa que quieras ser y lo serás.

—¿Una cosa que quiera ser?

—Exacto. Sin embargo, no puedes elegir ningún ser vivo.

—¿Y un gato?

—Los gatos son seres vivos, ya hay un alma en su interior, así que no puedes.

—¿Y un almorejo para jugar con los gatos?

—Los almorejos también están vivos, son plantas, lo que significa que tienen alma, aunque sea un poco abstracta.

—¿Y por qué tengo que convertirme en otra cosa? ¿Qué estoy haciendo aquí?

—Esto ya te lo he explicado antes. Has muerto.

—Hum...

—Y, al morir, has perdido tu cuerpo. ¿Entiendes esto?

—Sí...

—Por eso ahora, a cambio del cuerpo que has perdido, tienes la oportunidad de convertirte en otra cosa. Es como elegir tu destino, tu lugar en el mundo.

—Vale... Pues seré eso azul.

—¿Eso azul? —El espacio entre sus ojos negros y redondos se ensanchó levemente.

—Eso azul del parque de los saltamontes. Yo siempre lo escalo. Subir hasta arriba es una pasada.

—El parque de los saltamontes... —El señor empezó a mover las manos de un lado a otro rápidamente, como si estuviese mirando algo—. Ah, ya lo entiendo. Te refieres al parque Hatayama, ¿no?

—¡Hay muchos saltamontes! ¡Está lleno! Vuelan por todas partes. Hacen así: ¡pon, pon!

—Sí, hay muchos saltamontes, pero también esa estructura azul que has mencionado. Es muy grande. Te refieres al columpio de barras, ¿no?

—También hay un potro, un tobogán y un arenero. ¡Ah, y un balancín! El balancín es rojo.

—Que sí, que sí, ya lo he entendido. Y tú no quieres el balancín rojo, tú quieres ser el columpio de barras azules, ¿no?

—Sí, porque son las más altas. Todos vendrán a jugar conmigo. Takashi, Shō, Mami, Chiichan y Acchan. Ah, y también Tenchan.

Di un brinco y me sorprendió lo ligero que se había vuelto mi cuerpo. Podía saltar muy alto. ¡Qué divertido!

—Oye, te recomiendo que no saltes aquí, ¿vale? Un paso en falso y podrías acabar vete a saber dónde, ya no podrías regresar.

Eso no me hizo gracia. Yo quería convertirme en las barras azules, así que dejé de saltar.

—Bueno, entonces, ¿estás seguro? Quieres ser el columpio de barras del parque de los saltamontes, ¿no? ¿Prefieres eso a convertirte en algún objeto de tu casa?

—Siempre iba con mamá al parque de los saltamontes. ¡Seguro que mamá vendrá a verme! —exclamé, al acordarme de ella.

—Sí, es posible que lo haga... —Su boca se deformó como una empanadilla y luego desapareció. Pero enseguida volvió a abrirse—: Supongo que no hay problema. Voy a establecer tu destino, las barras azules del parque Hatayama, también llamado «el parque de los saltamontes». Bueno, sopla aquí.

El señor sacó un papel brillante de entre sus manos. Me quedé mirándolo con la boca abierta.

—Primero inhala despacio.

Tomé todo el aire que pude.

—Muy bien, ahora exhala.

Fruncí los labios y soplé encima del papel brillante. A medida que exhalaba, sentí que, poco a poco, me iba perdiendo en el más allá.

Cuánta luz. Cerré los ojos en el acto.

Al cabo de unos instantes, cuando por fin me atreví a abrirlos muy despacio, estaba en el parque de los saltamontes. Ese señor blanco no me había engañado, me había convertido de verdad en las barras azules. El lugar más alto del parque. Desde ahí podía verlo todo. Todo.

Los pajarillos cantaban. Era la primera vez que oía tantos de ellos cantar tan cerca de mí.

—«Cada mañana, los pájaros entonan alegres su melodía» —dije.

Mamá me había leído tantas veces ese cuento que me lo sabía de memoria. Era de día. La mañana acababa de empezar.

—«Cada mañana, los pájaros entonan alegres su melodía» —repetí, y entonces un pajarillo verde se posó sobre mí—. Buenos días, pajarillo verde.

Él respondió con un «pío» antes de volar de nuevo hacia el cielo y las delgadas nubes que flotaban en él.

Al cabo de un rato, el cantar de los pájaros se fue apagando y, en su lugar, me llegó un murmullo de voces. Un niño vestido con el uniforme del jardín de infancia se me acercó.

«Ven, ven. Soy yo, soy eso azul. Estoy en lo más alto del parque».

—¡No es por aquí! —le gritó una mujer desde el otro lado de la calle.

El niño volvió con ella meneando su mochila amarilla. Yo tenía una igual, como el uniforme. Eran los del jardín de infancia Kodakara. «Tu mamá tiene razón, la escuela está por allí. Ya vendrás a verme por la tarde, cuando salgas. Llevas el almuerzo y el termo en la mochila, ¿a que sí?».

Me pregunté qué habría pasado con mi uniforme y mi mochila. ¿Seguirían colgados en mi cuarto?

Ese día, mamá me había preparado una hamburguesa, mi plato preferido. Siempre le dibujaba encima una estrella de mayonesa y le añadía un poco de tortilla y tomatitos. Echaba de menos mi fiambrera del almuerzo. A la hora de comer, extendíamos nuestros pañuelos encima de las sillitas y las utilizábamos de mesa. Quería volver a almorzar con todos.

Según las reglas del jardín de infancia, cuando nos terminábamos la fiambrera teníamos que enseñársela a la señorita Etsuko y solo entonces podíamos comernos la fruta que traíamos en otro recipiente aparte. Ese día yo tenía caquis. Mordí un trozo y lo

encontré un poquito duro. Justo cuando pensaba que no estaba muy rico, de pronto oí una especie de trueno y sentí un dolor muy fuerte en la cabeza. Empecé a encontrarme muy mal y caí de espaldas al suelo.

Todo se volvió negro.

Cuando desperté, el señor blanco me estaba llamando.

Mientras me acordaba de estas cosas, el parque se fue llenando de niños que todavía no iban al jardín de infancia y padres y madres que empujaban cochecitos de bebé.

Un niño me agarró con sus manitas suaves y empezó a escalarme. «Ah, a ti te conozco. Eres el hermanito de Hiroki. Te llamas Maakun».

—Maakun, ten cuidado, ¿eh? —gritó su madre, quien iba detrás de una niña que andaba con pasitos tambaleantes.

Ahora que lo pensaba, un día, mientras nos poníamos el uniforme de gimnasia, Hiroki me había dicho que tenía una nueva hermanita.

—Se pasa la noche llorando —me explicó—. Y a veces abre la boca todo lo que puede y grita así: ¡buaaah!

Su imitación del llanto de un bebé me pareció muy graciosa y solté una carcajada con los pantalones de gimnasia en la mano.

—Qué divertido —dije.

A lo que Hiroki respondió:

—En tu casa también vais a tener pronto otro bebé, ¿no, Jun?

«Es verdad, yo también iba a tener un hermanito o una hermanita —pensé entonces—. Qué raro que mamá no haya llegado todavía. ¿Y si está naciendo el bebé?». La madre de Hiroki también había ido al hospital cuando había nacido su hermanita.

De repente alguien alzó la voz. Sin darme cuenta, Maakun se había subido hasta lo más alto de mí y balanceaba las piernas muy orgulloso sentado encima de las barras.

«¡Bravo, Maakun, bien hecho!», le dije, como en la obra de teatro que habíamos representado el otro día y en la que hice de rey. Él alzó el rostro y miró a lo lejos con los ojos entrecerrados por culpa de la luz del sol.

—Ahora soy el rey —dijo.

Y tenía razón. Quien subía a lo más alto del parque se convertía en el rey.

Hablé con él un poco más y, como si me contestara, Maakun asintió varias veces.

—¡Maakun! —gritó de repente una voz por la espalda. Me asusté. Su mamá estaba escalando mi cuerpo y su cara daba un poco de miedo—. ¿Cuántas veces te he dicho que no subas tú solo? Es demasiado peligroso. Hasta ahí arriba únicamente pueden ir los niños mayores.

—¡Pero he conseguido subir solo! ¡Y no he tenido miedo! ¡Ahora soy el rey!

—¿Qué dices? —La mamá de Maakun lo agarró por la espalda—. Quizá hoy te haya salido bien, pero esto no quita que sea peligroso. La próxima vez que quieras subir, yo tengo que estar contigo, ¿vale?

—Vale.

La mamá de Maakun lo cogió en brazos e hizo además de bajarlo. En ese momento, el niño dijo:

—Jun está aquí.

—¿Qué?

¡Maakun se había dado cuenta de mi presencia!

—Me lo dijo Hiroki. Me dijo que Jun estaba en el cielo.

«¿Eh? Te equivocas, estoy en...».

—Sí, tienes razón. Ahora Jun está en el cielo. Qué bonito es el cielo, ¿verdad?

¡Su mamá también! ¡¿Por qué decían esas cosas?!

Estaba un poco decepcionado, pero, como los dos se pusieron a mirar el cielo, yo también lo hice. Las nubes de la mañana habían desaparecido y ahora era de un color azul claro e infinito.

Qué mentiroso era ese Hiroki. Yo no estaba en el cielo. ¿Por qué ni Maakun ni su mamá se daban cuenta de que justo en ese momento se hallaban sentados encima de mí? ¿Es que nadie iba a percatarse?

Al bajar la mirada descubrí a la hermanita de Maakun, que ahora estaba en brazos de otra mujer y que nos saludaba desde abajo.

Sopló un viento helado.

—Qué frío hace, ¿eh? —susurró la mamá de Maakun, y empezó a bajar poco a poco con su hijo en brazos.

Trasladé la mirada hacia los bancos del parque, donde había un hombre sentado. Llevaba corbata y estaba comiendo uno de esos platos de comida precocinada que vendían en los supermercados. Tras observar con deleite la ciruela ácida que habían colocado encima del arroz, la cogió con los palillos y se la metió en la boca. Masticó con ganas. Me miró un instante y luego pellizcó un poco más de arroz.

«¿Está rico, señor?», le pregunté, pero él no volvió a alzar el rostro. Se había comido todos los acompañamientos y estaba haciendo un esfuerzo para terminarse el arroz blanco. Cuando hubo acabado, soltó un suspiro y se estremeció. «Qué frío», oí que murmuraba. A continuación, se puso en pie, tiró la caja vacía del almuerzo en la papelera, se subió el cuello del abrigo y se fue.

Entretenido con ese señor, no me había percatado de que el parque se había quedado vacío. Oía algunas voces a lo lejos, pero no alcanzaba a ver a nadie. Me habría gustado ir con la gente, pero mi cuerpo no se movía.

Claro, entonces caí en la cuenta. Yo ya no podría volver a moverme. Me había convertido en eso azul. Aunque me quedase

solo en el parque, tenía que aguantarme.

El viento soplaba entre las barras azules que conformaban mi cuerpo.

Hacía frío.

«¿Cuándo llegará mamá?». «Mamá, ven pronto. Ven ahora mismo». «Mamá, mamá, mamá, mamá, mamá, mamá, mamá, mamá...».

Me perdí en mis pensamientos, recordando a mamá.

Un tiempo después, oí el crujido de unas hojas, los pasos de alguien que se aproximaba. ¿Y si era ella? Pues no, era Takashi. Se me subió encima.

«Oye, Takashi, ¿sabes algo de mi mamá?».

En lugar de responderme, Takashi se sujetó con las piernas y se quedó colgando bocabajo como un murciélago.

«Jolín, deja de jugar y contéstame».

Entonces vi a Mami, que había llegado con él. Me agarró. Ella era muy simpática, seguro que me respondía. «Mami, ¿tú sabes por qué no ha venido mi mamá?».

En el instante en el que le hablé, ella me soltó de golpe y se fue corriendo. Su madre estaba allí. Extendió sus brazos hacia ella y la abrazó. Cuando esta la alzó en el aire, Mami sonrió contenta y me miró.

Vaya.

Y eso que estaba convencido de que al menos ella me escucharía. Mami me caía muy bien, pero ya no. Porque no quería jugar conmigo. ¿Y Takashi? ¿Hasta cuándo pensaba permanecer allí, colgando bocabajo? «¡Contéstame de una vez!».

En ese instante, Takashi resbaló y cayó de bruces al suelo.

—¡Ay!

Tenchan se le acercó corriendo.

—¿Estás bien? ¿Te has hecho daño?

—Creo que no —respondió este, sacudiendo los brazos.

—Menos mal —dijo Tenchan, mientras le acariciaba una mano. Entonces Takashi le dijo a Tenchan que fueran a jugar a su casa, la agarró de la mano y se alejaron corriendo.

«¡Oye, que yo también quería jugar con Tenchan! ¡Quería hablar con ella! ¡No os vayáis tan pronto!».

En ese momento, sentí un escalofrío en la espalda.

—¡Nieve! ¡Está nevando! —gritó alguien.

Copos de nieve empezaron a caer del cielo encapotado, primero de forma dispersa y luego cada vez más copiosamente. Podía sentir su frío roce en distintas partes de mi cuerpo, acumulándose.

Todos se quedaron un rato mirando el cielo y luego se pusieron a correr por el parque hasta que, de pronto, sonó la melodía que marcaba la hora de regresar a casa. Esa canción siempre me ponía un poco triste.

«Hay que volver». «Nos vamos». «Adiós». «Hasta mañana».

Todos fueron abandonando el parque de uno en uno.

«Jolín, ¿ya os vais? Quedaos un poco más. Al menos llevadme con vosotros. ¿No veis lo chulo que soy? ¡Con lo divertido que es jugar conmigo!».

Silencio.

Nadie se giró hacia mí. Nadie podía oír mi voz. Nadie, nunca más.

El parque volvió a quedar desierto. Para colmo, estaba oscureciendo. Las luces iluminaban la nieve blanca que se precipitaba abundantemente desde el cielo negro.

Qué hermosa era la nieve. Y qué fría. Además, daba algo de miedo. Me asustaba quedarme solo con ese frío.

Qué frío... Estaba helado y empezó a entrarme sueño.

Me quedé dormido.

Unas pisadas crujieron sobre la nieve.

—Nie-ve.

Alguien tocaba con los dedos los copos acumulados en mi estructura.

—¡Qué fría! ¡Qué fría! Se llama nie-ve.

—Nie... Nie... —intentó repetir la voz de un bebé.

—Eso es, nieve.

El bebé, que iba en brazos de alguien, alargó uno de sus dedos pequeñitos para tocar con gran expectación la fina capa que se había acumulado sobre mis barras.

—Está fría, ¿eh? —dijo la persona que lo sujetaba, alzando el rostro.

Al ver su cara, el corazón se me llenó de júbilo.

«¡Mamá! —grité—. ¡Mamá! ¡Por fin has venido!».

Mamá llevaba un gorro negro y una bufanda roja. Estaba de pie ante mí, sujetando al bebé, que iba envuelto en una mantita.

«¿Ese bebé es mi hermana? ¿O mi hermano?».

—Mina, esto es el columpio de barras.

¿Mina? Entonces era una niña.

—A tu hermano mayor, Jun, le gustaban mucho.

Mamá alargó una mano hacia mí y empezó a limpiarme la nieve como si me acariciase. Luego me agarró fuerte. Su mano era muy cálida.

—Le gustaban muchísimo. Sobre todo subirse a lo más alto. Te habría gustado subir más veces, ¿a que sí, Jun?

Mamá me miró. «No te preocupes —le dije yo—. ¡Ahora yo soy el columpio de barras! Me he convertido en lo que más me gustaba del parque».

—Cuando seas un poquito mayor, jugarás aquí un montón, ¿vale? —le dijo mamá a Mina—. Hoy hace frío, ¿nos vamos a casa? «Señor viento, señor viento, haz que vuele la nieve. Señora nieve, señora nieve, ven conmigo».

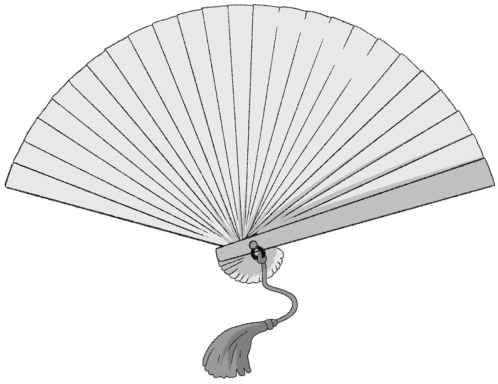
Mientras cantaba en voz baja, mamá me dio la espalda y se alejó del parque.

Ella tampoco se había dado cuenta de mi presencia, pero estaba convencido de que algún día lo haría.

«Tienes que volver, mamá. Ven con Mina. Prométeme que volverás».

«Me portaré bien».

# Capítulo 4
# Sándalo blanco



Notaba el calor del sol. Habían abierto el cajón.

A través del cristal, la luz del mediodía bañaba todo mi cuerpo. Y entonces apareció él.

«Cuánto tiempo, profesor Hama. Ya ha vuelto el verano, ¿eh?».

El profesor acarició cariñosamente mi superficie y me abrió despacio. Entonces empezó a abanicarse conmigo.

—Qué bochorno hace hoy.

Su voz sonaba muy cercana. Lo observé mientras oscilaba arriba y abajo. El cuello blanco, los lóbulos ligeramente enrojecidos de sus orejas... Perlas de sudor brillaban en su nuca.

—Sí, ya ha llegado el calor.

Esa era la voz de su mujer. Así que los dos estaban bien. Era una buena noticia.

—Es la primera vez que sacas el abanico este año, ¿no?

—Creo que sí.

«Sí, profesor. Yo lo corroboro», le susurré al oído, mientras seguía aventándolo.

—El abanico de sándalo blanco... —murmuró entonces su esposa —. Cada vez que huelo su aroma, me acuerdo de Momoko.

—¿Momoko? ¿De verdad?

—Sí. Momoko olía igual. A sándalo blanco. Creo que era por el incienso de sándalo que quemaba en su cuarto.

Cierto. Siempre había una barrita de incienso de sándalo blanco encendida en mi habitación. La señora se había dado cuenta.

—Además, ¿este abanico no es el que te regaló Momoko, querido?

«¡Qué buena memoria tiene!».

—¿En serio? Ahora que lo dices, puede que tengas razón.

«Ya le vale, profesor Hama. Haga usted un esfuerzo», le dije, con tono jocoso.

Una gota de sudor se deslizó por detrás de su oreja y el profesor me agitó con energía.

«No me ha olvidado, ¿a que no, profesor? —pensé luego, mientras seguía oscilando vigorosamente en su mano—. Solo está fingiendo delante de su esposa. Pero no se preocupe. Ella ya lo sabe todo. Desde aquí puedo ver como sonríe a sus espaldas».

Las comisuras de los labios del profesor se curvaron hacia arriba. Al parecer, no solo su mujer sonreía; él también. Estaba contenta de verlos un verano más.

Y eso que en aquel momento dije que me iba sin ningún pesar...

—¿Pesar? ¿Yo?

Fue lo primero que me salió, pero pronto se me atascaron las palabras. No estaba casada y mis padres habían muerto hacía mucho tiempo. No tenía familia por la que preocuparme. Aun así, tampoco era capaz de afirmar con rotundidad que me iba sin ningún pesar.

—Entonces, ¿te vas tranquila? —El individuo que se hacía llamar «guardián de almas» no ocultó su escepticismo.

Lo pensé un momento y luego me corregí:

—No, claro que no me voy tranquila...

—Lo suponía. —Sus ojos negros sonrieron satisfechos.

—Como discípula suya, me habría gustado velar por el profesor Hama hasta el final.

—Hama, ¿eh? Tu profesor de caligrafía, ¿verdad?

—Así es. Jamás pensé que me iría yo antes que él. ¿Qué estará haciendo ahora? Mentiría si dijera que no me importa.

—En ese caso, imagino que querrás convertirte en algún objeto de su casa, ¿no?

—Sí, pero...

—¿Hay algo que te inquieta?

—No quiero interferir en su vida. También siento un gran afecto por su esposa. No me gustaría convertirme en una espía de su intimidad.

—Entiendo. Entonces, ¿prefieres echarte atrás? A mí no me importa.

—No, quiero volver a verlo. Pero me conformo con que sea solo de vez en cuando. Mientras él viva. Únicamente de forma esporádica.

—Si esto es lo que deseas, bastará con que elijas algo que el profesor utilice solo de vez en cuando, ¿no?

—Algo que utilice de vez en cuando... —susurré, y entonces me acordé del abanico de madera de sándalo que le había regalado tiempo atrás. Lo había comprado durante un viaje a China que hice antes de cumplir los treinta y el profesor se puso muy contento cuando se lo di. Su sonrisa se me quedó grabada en la memoria.

«Qué regalo tan espléndido. No me sienta nada bien el aire acondicionado. Este abanico será mi salvación —había dicho, abriéndolo delante de mí para probarlo—. Es madera de sándalo, ¿verdad? Es muy aromática. Y además está muy trabajada. Es una maravilla».

Desde entonces, cada verano el profesor rescataba el abanico del cajón y se lo ponía en el bolsillo de su kimono. Hasta se molestó en llevarlo a reparar cuando se le rompió el broche.

Estaba convencida de que incluso ahora seguía utilizándolo.

Y acerté en mis predicciones.

Tras elegir el abanico como destino, lo primero que vislumbré fue el techo del aula. Estaba manchado de tinta china que alguien había salpicado.

Todo seguía igual.

El olor a tinta. El rumor de las voces. El crujido del papel. El susurro de los pinceles al deslizarse por encima.

Habían sido muchos años. Amaba esa aula.

El profesor me había traído de vuelta a mi lugar favorito. En ese instante, de repente sentí que me cogía y me desplegaba.

El perfume del sándalo.

«¿Sabe una cosa, profesor? Su mujer ha dicho que el olor a sándalo le recuerda a mí, pero en realidad ese es el perfume de usted, no el mío».

La primera vez que me crucé con él, desprendía ese extraño aroma. Me giré sin pensar.

En aquella ocasión, el profesor vestía un kimono *kasuri* de color azul marino. Yo llevaba mi uniforme. Tenía dieciséis años e iba a bachillerato.

Ese olor tan particular y su kimono, de un color tan bonito, me cautivaron. Me quedé plantada en medio de la calle, observándolo. «¿Necesitas algo?», me preguntó él, con voz tierna, al advertir mi mirada.

Yo, que no esperaba que se dirigiera a mí, me asusté y salí corriendo, incapaz de articular una respuesta. Reconozco que no hice gala de mis mejores modales.

Al recordar ese episodio, me doy cuenta de que, aunque en aquel entonces el profesor por fuerza tenía que ser bastante joven, yo solo

vi a un hombre mayor vestido con un kimono que olía raro. Y, pese a eso, su arreglada apariencia me causó una profunda impresión.

Ese día yo iba de camino al dentista. Al llegar, me senté en la sala de espera y me puse a hojear una revista al azar. ¡Cuál fue mi sorpresa al encontrar en ella al mismo hombre con quien acababa de cruzarme en la calle y, para colmo, vestido exactamente de la misma forma! Se me escapó un jadeo.

Un kimono *kasuri* azul marino. Una sonrisa apacible. Su pelo negro arreglado al milímetro.

Mis ojos se lanzaron como leones a leer el texto que acompañaba la fotografía: «El maestro de caligrafía Shirō Hama». Solo era una entrevista de unas cuantas páginas, pero el profesor había volcado en ella toda su pasión y amor por ese arte. Casi podía notar su perfume filtrándose a través de las páginas.

A decir verdad, hasta ese momento yo nunca había sentido el menor interés por la caligrafía. Sin embargo, mientras observaba el artículo, saqué instintivamente la agenda de la mochila y anoté el nombre del profesor.

El maestro Shirō Hama.

Al terminar la visita, volví a contemplar su nombre en la libreta mientras con la lengua me tocaba la muela que me habían tratado.

De repente se apoderó de mí una urgencia irrefrenable por volver a verlo.

Pocos minutos después de cruzarme con él por la calle, lo había encontrado en esa revista. Su mera presencia me había impactado.

Sé que no fue más que una simple casualidad, pero para la adolescente que yo era en aquella época solo podía tratarse del destino. ¿Y si mi camino era junto a ese hombre llamado Shirō Hama?

Quería envolverme de ese perfume misterioso y adentrarme en el mundo que el profesor tanto amaba.

Busqué su escuela en el listín telefónico. Teniendo en cuenta que me lo había cruzado por la calle en ese mismo barrio, lo más probable era que estuviera cerca. Sin embargo, a pesar de que llamé a unas cuantas academias de caligrafía, nunca di con él. Y es que el profesor no vivía allí, solo estaba de viaje, algo que en ese momento ni siquiera se me había pasado por la cabeza.

Después de buscarlo sin éxito durante medio año, al final decidí que primero intentaría experimentar el mundo de la caligrafía, su mundo, por mi cuenta. Así que me apunté a clases.

Al principio, mis padres no daban crédito. Su hija, que tenía todos los pinceles acartonados porque nunca se molestaba en limpiarlos después de usarlos y cuya letra además era desastrosa, de repente les anunciaba que se había apuntado a clases de caligrafía. Sin embargo, la sorpresa fue para bien. «No hay nada más bonito que tener buena letra —dijeron muy contentos—. Nos alegramos de que hayas tomado esta iniciativa por tu cuenta».

Ahora que lo pienso, creo que hasta ese momento nunca me había obsesionado tanto por algo.

Me matriculé en la academia más cercana a mi casa y, rodeada de niños de primaria, empecé a practicar caligrafía desde la base. A pesar de ser una escuela pequeña, cuidaban todos los detalles: desde la preparación de la tinta hasta la forma correcta de coger el pincel, pasando por la postura corporal. Yo era la más entusiasta de la clase y creo que eso hizo que me dedicasen una atención especial.

Ni yo misma habría sabido explicar qué era lo que me motivaba tanto, lo único que sabía era que tenía que seguir esforzándome.

Estaba convencida de que, si seguía por ese camino, tarde o temprano volvería a ver al maestro Shirō Hama.

Tras ganar varios premios, por fin llegó el día que tanto esperaba. Él formaba parte del jurado.

Estaba muy emocionada. Habían transcurrido cinco años desde nuestro primer encuentro.

—El maestro Shirō Hama llevará a cabo la valoración —anunció el presentador, a través del micrófono, y su voz amplificada se hizo un cálido hueco en mi pecho.

Por fin volvía a verlo.

Llevaba mucho tiempo buscándolo.

Haciendo un esfuerzo ingente por contener el torrente de emociones que se agolparon en mi corazón, escuché las palabras del profesor y recibí el premio que me entregó en persona. Emanaba el mismo perfume de antaño.

Creo que me temblaban las manos.

Y se me humedecieron los ojos.

Ese mismo día le pedí al profesor sus datos de contacto. Luego dejé la universidad y alquilé un apartamento cerca de su casa para convertirme en su discípula.

«Has sido muy valiente», recuerdo que comentó sorprendido. Pero para mí lo que había hecho era lo más natural, pues llevaba años soñando con ello. Mi decisión no fue en absoluto precipitada.

«¿Y no crees que primero deberías terminar la universidad?», me insistió él varias veces, preocupado por mi futuro. Sin embargo, tras tantos años persiguiendo ese sueño, mi determinación era férrea como una roca.

«Tu entusiasmo me ha vencido», capituló al fin, sonriendo con sus ojos arrugados. Mi comportamiento no distaba mucho del de esas mujeres que andan por ahí atosigando a los hombres para que se

casen con ellas, pero el profesor nunca me rehuyó y yo siempre se lo agradeceré.

Cuando en China encontré el abanico de sándalo blanco, enseguida reconocí el olor.

El maestro no tenía por costumbre quemar incienso, pero creo que era una combinación del aroma de su tinta preferida con su propio olor corporal lo que daba lugar a ese perfume tan parecido al del sándalo.

A partir de entonces, empecé a quemar incienso de sándalo blanco en mi cuarto.

En conclusión, podría decirse que el aroma que desprendía en ese momento era el que emanaba de mi cuerpo antaño, que a su vez era también el olor del profesor.

—Creo que Momoko estaba enamorada de ti —dijo de repente su mujer.

—¿Qué dices? ¿Qué podría gustarle de un viejo como yo?

«Se equivoca, profesor. Su esposa ha dado en el clavo».

Estaba enamorada de él. Siempre lo estuve. Quizá desde que nos cruzamos por la calle a mis dieciséis años.

Siempre, siempre.

—Y tú también le tenías cariño, ¿a que sí? —continuó su mujer, ignorando sus palabras.

Hubo un silencio.

La mano del profesor también se detuvo.

—Momoko era una discípula encantadora. En ese sentido, por supuesto que le tenía cariño —respondió al fin, con tono reposado.

Se me aceleró el corazón.

—Sí, para mí también era como una hija.

«Muchas gracias, señora. No sabe cuánto me alegra oírle decir esto. Nunca olvidaré lo bien que se portó conmigo».

Aún recordaba esa ocasión en la que se había presentado con un melocotón enorme en la mano y me había dicho, con una risilla traviesa:

—Momoko, ¿te gustan los melocotones?[1]

—Por supuesto —le respondí yo.

—Pues te enseñaré un truco para cortarlos muy bonitos —dijo ella, y me llevó a la cocina—. Primero hay que marcar el corte por aquí —explicó, mientras colocaba la punta del cuchillo en la hendidura del melocotón y le daba toda la vuelta—. Luego solo tienes que cogerlo con las dos manos y retorcerlo con cuidado, mira.

Como por arte de magia, el melocotón se partió en dos mitades. En una de ellas estaba el hueso. Entonces la señora las cortó en trozos más pequeños, les quitó la piel y el hueso, y los sirvió en un plato de porcelana de Imari, donde brillaron resplandecientes.

—Qué bonito —dije yo admirada.

A lo que ella respondió:

—Sí, aunque morderlo directamente también tiene su encanto.

No pude contener una sonrisa al imaginármela.

—Este melocotón era una ofrenda, así que comámoslo enseguida —dijo entonces, y nos lanzamos a ello.

Era dulce y muy suave, además de grande, por lo que quedé muy llena. Ese día el profesor no estaba en casa porque había salido a dar una conferencia en otra ciudad. El melocotón que la señora cortó tan diestramente y que disfrutamos en secreto poseía un sabor especial.

En ocasiones, esa mujer, que no tenía hijos, me parecía un poco triste, pero a la vez aún conservaba un aire infantil.

El maestro y su esposa... A menudo, mientras preparaba el aula, los observaba sentados contemplando el jardín, acurrucados el uno

en la otra, y sentía una punzada de envidia. ¿Quién me iba a decir que yo también estaría tan cerca del profesor?

Los niños llegaban en el turno de tarde.

Los adultos, por la noche.

Contemplé con añoranza sus caras. Los ideogramas.

Conocía a ese. Y al otro. Y a ese y a ese otro también.

Los niños crecían y los adultos envejecían cada día un poco, pero la dedicación con la que cogían los pinceles se mantenía inalterable.

Un verano más, el aula estaba muy animada.

Los metódicos trabajos de los alumnos colgaban de las paredes, donde se secaban empapando ese espacio con el particular aroma de la tinta. Desde mi posición podía ver el hermoso resplandor de los trazos carmesíes del profesor.

Yo descansaba plegada sobre su mesa. De vez en cuando me cogía con su mano sudorosa, me abría y se abanicaba.

El profesor se abanicaba a sí mismo, pero yo deseaba que esa suave brisa circulase por toda el aula.

Amaba ese espacio desde lo más profundo de mi ser. O quizá, más que amarlo, sería más apropiado decir que era mi refugio.

Allí viví mi juventud. Luego me hice adulta y después empecé a trabajar como discípula del maestro.

Nunca me costó abrir el corazón a aquellos que amaban la caligrafía, incluso el mismo día de conocerlos. A pesar de lo tímida que era, también de adulta, siempre me resultó muy sencillo hacer amigos a través de la caligrafía.

Cuánto lo disfruté.

Quizá no me había equivocado tanto al creer en el destino.

Pasé de niña a adulta y luego a maestra.

A su lado, los días eran cálidos, pero también tristes.

Sí, tristes.

Porque, cuando estaba con la persona que más amaba de este mundo, tenía que esconder mis sentimientos. Incluso cuando lo que más deseaba era abrazarlo con todas mis fuerzas.

Mi deseo jamás se cumpliría. No podía ni debía cumplirse. Algunas mañanas me despertaba llorando tras haber soñado con él.

«Yo te amaba, profesor», susurré, envuelta en el aroma de sándalo blanco. ¿Quién sabe? Quizá ese viento perfumado, ese aire cargado con mi esencia, penetraría hasta lo más hondo de sus oídos e impregnaría cada rincón de su cuerpo.

—Nunca habría imaginado que Momoko se marcharía de este mundo antes que nosotros. —La voz de la señora me devolvió al presente—. Seguro que ella se habría alegrado si hubiera muerto yo primero.

El profesor me plegó y me dejó encima de la mesa. Luego se puso en pie. Su mujer le daba la espalda mientras contemplaba el jardín. Él la tocó suavemente por detrás y dijo:

—Momoko se disgustaría si te oyera decir esto.

«Sí... Tiene razón, profesor».

Y el caluroso verano pasó.

El maestro me guardó con cuidado en el fondo de su oscuro cajón.

«Hasta el año que viene, profesor. Nos volveremos a ver cuando llegue de nuevo el calor».

«Ábrame cada verano».

# Capítulo 5
# Nombre



La verdad es que ya no tenía nada. A mi edad, he vivido muchas cosas y lo he ido perdiendo todo.

También perdí la casa. Solo tenía mi cuerpo, con el que me limitaba a sobrevivir día tras día. Cada noche me acostaba preguntándome hasta cuándo duraría todo esto. Cada día me levantaba pensando si sería el último. ¿Qué puedo decir? Llevo tiempo esperando ansioso mi final.

La biblioteca ha sido uno de mis últimos pasatiempos. Abre todos los días a las diez de la mañana. Me gusta ese sitio. Además de resguardarme del viento y de la lluvia, en verano se está fresquito y, en invierno, bien caliente. Es una suerte que exista un lugar así.

Siempre me quedo dormido en uno de esos sillones. La tela de los asientos está bastante desgastada y muchos se quejan de que son viejos y duros, pero a mí me parecen de lo más confortables.

En especial, me gusta sentarme en uno que hay al fondo, junto a la pared. ¿Por qué? Je, je... Pues porque desde allí tengo unas vistas fantásticas de la señorita Koyuki.

Koyuki es la encargada de la recepción y, a ver... Je, je... Madre mía, ya estoy sudando. Ay, no, que ahora ya no puedo sudar.

Como iba diciendo, he vivido muchas cosas y lo he perdido todo. Perdón, creo que esto ya lo he mencionado antes.

En resumen, a la pregunta de si me queda algún remordimiento o si quiero volver a ver a alguien, pues la verdad es que sí, me gustaría verla a ella, a Koyuki. Solo soy un viejo que acude a la

biblioteca sin falta cada día, no para sacar libros, claro. Normalmente me limito a sentarme en mi sitio y a pensar en las musarañas, pero ella siempre tiene una sonrisa para mí.

¿Que si tengo carné de biblioteca? La tarjetita esa para sacar libros, ¿no? La verdad es que un día fui a la recepción para hacerme uno, pero no pude. Porque carecía de documentación; vamos, que no podía demostrar que yo era yo.

«Lo siento muchísimo —me dijo Koyuki muy apesadumbrada—. Pero, por favor, siga viniendo como siempre, ¿de acuerdo?». Me hizo tan feliz que los ojos se me colmaron de lágrimas.

Como me daba vergüenza que me viese llorar por algo así, corrí a esconderme entre las estanterías y me agaché delante de los libros, fingiendo que buscaba uno.

Supongo que os preguntaréis cómo es que sé su nombre, Koyuki. Es curioso, resulta que Koyuki como tal no es un nombre, quiero decir, no es como Junko, por ejemplo, o Yukari. Koyuki es un apellido. Je, je.

Todos los trabajadores de la biblioteca llevan una placa con su apellido. No me sé sus nombres, pero sí sus apellidos. Hay dos Tanakas: Tanaka (Yasu) y Tanaka (Masaru). Por eso las letras en las placas de esos dos son bastante más pequeñas que las de los demás.

Pero, bueno, eso no le importa a nadie.

Ay, sí, estaba hablando de Koyuki. La primera vez que vi su placa me dio un vuelco el corazón. Pensé que tenía un nombre muy bonito, como Junko o Sayuri. No fue hasta bastante más tarde, después de fijarme en que en las placas de los demás ponía «Tanaka» o «Nakata», cuando caí en la cuenta de que Koyuki también era un apellido. Aunque para mí Koyuki siempre será Koyuki. Así la recordaré siempre.

Koyuki es amable y encantadora. Siempre la observo de reojo mientras hojeo alguna revista y no puedo más que pensar que mi vida habría sido muy diferente si hubiese nacido siendo ella.

Y, bueno, lo que quiero decir es que... Sí, a mí, en fin, me gusta todo de Koyuki. Si se pudiera, elegiría ser ella. Algo así es imposible, por supuesto, y el simple hecho de desearlo resulta muy presuntuoso. No debería ni pensarlo, alguien que ha vivido tanto como yo sabe que está mal. Aun así, lo pienso. Aun así, sigo deseando convertirme en, al menos, una parte de Koyuki. Sí, lo deseo muchísimo.

Y ahora se me acaba de ocurrir. ¿Y si me convierto en su nombre?

Con el nombre me refiero a esa cosa, su placa. Aunque jamás pueda llegar a ser Koyuki, de alguna forma siento que, si me convierto en la placa donde está escrito su nombre, seré como un pedacito de ella. Además, Koyuki siempre la lleva puesta cuando está en la biblioteca, mi lugar favorito, y será como si trabajásemos juntos.

Siempre la lleva encima de... Bueno, de su pecho. Desde ahí arriba será como contemplar el mundo a través de sus ojos. La verdad es que quiero probarlo.

Es una buena idea. Seré su placa.

Quiero ser su placa.

El individuo llamado «guardián de almas» escuchó mi reflexión y asintió ostentosamente. Y así me convertí en la placa de plástico que Koyuki llevaba encima de su delantal de trabajo amarillo, sujeta con un alfiler.

Cada mañana, al empezar su turno, Koyuki me rescataba con sus amables dedos del oscuro casillero donde me guardaba y me

colocaba en su pecho. Ese era mi lugar ahora.

Un lugar cálido. Blandito. Estaba muy agradecido.

Además, desde ese palco privilegiado, podía ver todo lo que ella veía. Estaba en la gloria.

Desde allí arriba atisbaba también la butaca donde siempre me había sentado. Y yo que pensaba que observaba a todos mientras pasaba inadvertido... De repente descubría que de eso nada. Qué vergüenza. Seguramente todos me habrían visto dormir con la boca abierta. Es que se estaba tan cómodo...

Ese día había alguien sentado en mi butaca. Un tipo sucio y desaliñado. Qué forma de abrir las piernas. Horrible.

Aunque yo no era quien para hablar. Más de un dolor de cabeza seguro que les causé. Ojalá me hubiese disculpado mientras vivía. Con Koyuki, con todos los empleados de la biblioteca y con la gente que, a diferencia de mí, acudía de verdad para llevarse libros.

«De verdad». Justo en el momento en que esta expresión me cruzó la mente, alguien dejó caer un montón de libros gruesos como tochos delante de mí con un ruido sordo. Al alzar la mirada me topé con los ojos arrogantes de una señora rechoncha plantada delante de la recepción. No decía nada y tampoco hizo ademán de sacar su carné.

—¿Son para devolver? —le preguntó Koyuki, con voz alegre.

—No, me los llevo —respondió bruscamente. Y, como si acabara de acordarse, se puso a hurgar en su bolsa para sacar el carné de la biblioteca.

Koyuki pasó la tarjeta por la máquina y, tras comprobar la pantalla del ordenador, añadió una nota con la fecha de devolución en el primer libro. Encadenó un movimiento tras otro con una sincronía perfecta y hermosa, sin un solo error ni titubeo.

—La fecha de devolución es para el...

Koyuki iba a leer la nota que había adjuntado, pero la señora la interrumpió:

—No se moleste, está escrito aquí —dijo.

Luego cargó los libros contra el pecho, se dio la vuelta y se fue sin más.

Cuánta mala educación. Cuánta arrogancia. «¡Discúlpate con Koyuki!», pensé lleno de ira. Sin embargo, Koyuki se inclinó en una leve reverencia y dijo con su voz cristalina de siempre:

—¡Muchas gracias!

Desde mi posición no podía verle la cara, pero supuse que luciría su alegre sonrisa. Así era ella.

«A partir de ahora, cada vez que tengas que lidiar con clientes maleducados como esta señora, yo me encargaré de dar rienda suelta a la rabia que tú tengas que disimular. Esta placa liberará por ti todo el rencor acumulado. Supongo que es lo único que puedo hacer».

Rencor.

«Perdona, pensándolo mejor, quizá emociones tan oscuras como el odio o la rabia sean más un estorbo que otra cosa. Ah, no sé cómo hacerlo, pero me gustaría compensarte de alguna forma por el hueco que me has prestado en tu pecho. Quiero ser de utilidad».

Ese mediodía, durante el descanso, Koyuki abrió su casillero y sacó de su mochila un paquete envuelto en un pañuelo amarillo. Percibí un ligero aroma a alga *nori*, por lo que supuse que sería su almuerzo. Un almuerzo muy frugal.

Lo abrió en la salita de al lado. Pastelitos de pescado *satsuma age*, raíz de *gobo* rebozado, *konnyaku* y un huevo duro. Todos los acompañamientos eran de color marrón. Supuse que la noche anterior debió de haber cenado estofado y quería aprovechar las

sobras. Koyuki era muy ahorradora. Tomó su almuerzo en silencio, sin decir nada, sola.

Los empleados de una biblioteca no podían descansar todos a la vez, por eso hacían turnos. Sin embargo, no dejaba de ser deprimente ver a Koyuki comiendo su estofado en silencio. «Koyuki, sabes que no estás sola, ¿verdad? —le dije—. Me tienes a mí, a tu placa. Puedes hablarme cuando quieras... O no».

Cada vez que movía los palillos me llegaba el delicioso aroma de la comida. Yo ya no tenía aparato digestivo, pero me entró una especie de hambre. Un hambre que desapareció en cuanto Koyuki terminó de comer y guardó los palillos. De repente yo también me sentía lleno.

Comer con alguien no solo te llena el estómago, también el corazón. Por eso los enamorados disfrutan tanto de un almuerzo juntos. Así funciona.

Ya se me había olvidado, pero de repente me acordé de ella.

Tiempo atrás yo también viví con una mujer. Solíamos comer juntos. Como no teníamos mucho dinero, casi nunca íbamos a ningún restaurante; la mayoría de las veces nos alimentábamos de sobras improvisadas, a menudo demasiado picantes o dulces. La cocina no era lo suyo.

Sin embargo, cuando pienso en ello ahora, me doy cuenta de que, comparada con la época en la que solía vagar solo por el mundo, su comida no estaba nada mal. Aunque fuese mentira, al menos de vez en cuando tendría que haberle dicho que estaba rica. Quizá así nunca habría hecho las maletas para abandonarme de la noche a la mañana.

Un día volví a casa y descubrí que, salvo mi ropa, no había nada más. Incapaz de aceptar la situación, me puse a reír. «Pues vaya, ahora la casa parece más grande», dije, y solté otra carcajada.

Ja, ja.

Pero ya nada de eso importaba.

Koyuki había ido al baño. Se estaba cepillando los dientes. Lo hacía todos los días sin falta después de comer. Era una chica muy aseada.

Cuando escupió la pasta de dientes, me salpicó un poco. Koyuki se miró al espejo y, al darse cuenta, me limpió con los dedos.

La Koyuki del espejo nos observó con una expresión algo seria. Qué bella. Podría contemplarla todo el día sin cansarme.

Sin embargo, tras retocarse un poco el pintalabios, Koyuki se alejó del espejo. Ya no volvería a verle la cara hasta el día siguiente después del almuerzo.

Regresó a la recepción, su puesto de trabajo. Sin duda, el lugar más tranquilo de la biblioteca.

Las estanterías estaban abarrotadas de libros. Era una visión hermosa. Seguro que había historias fascinantes encerradas en su interior. Día tras día, los empleados vestidos con sus delantales amarillos se dedicaban constantemente a ordenarlos. Libros que esperaban ser elegidos mientras aquellos que tenían que escogerlos pasaban junto a ellos observándolos con detenimiento.

Cuánto silencio... Oh.

«Eh, niño. En la biblioteca no se corre. Y tampoco se grita. Eh, ¿es usted la madre? Por favor, señora, ¿no cree que antes que elegir un cuento debería vigilar a su hijo?».

El niño se me echó encima hasta casi tocarme. En realidad, fue Koyuki quien lo atrapó.

—No corras, ¿vale? Es peligroso —le advirtió, mientras lo abrazaba, y el niño se calmó de golpe. Solo que entonces alzó un dedo mojado de babas y empezó a manosearme.

«Pe-pero ¿de dónde sacas tú tantas confianzas? ¡Cuidado con dónde tocas! Esto son los pe...».

Perdí momentáneamente el control de mi imaginación. Lo siento, Koyuki.

Sin embargo, cuanto más intentaba contenerme, más diáfana se perfilaba esa región de su cuerpo en mi cabeza. Menudo apuro.

Lo confieso. Me habría encantado zambullirme de lleno en ese valle cálido sobre el que descansaba. Uno no puede controlar sus deseos.

—¿Hay alguien que aún no haya terminado sus trámites?

La voz alta y clara de Koyuki me asustó. Por los altavoces sonaba *Hotaru no Hikari* [La luz de las luciérnagas]. Era la hora de cerrar. Esa melodía siempre me ponía de los nervios. Los diez minutos que sonaba esa canción eran los más frenéticos y tristes del día.

Se acabó. Se acabó. Mi día en la biblioteca se acabó.

¿Por qué todas las cosas tienen un final? Ojalá la biblioteca no cerrase nunca. Ojalá hubiese podido quedarme sentado en esa butaca todo el tiempo del mundo.

El individuo que había estado monopolizando mi sillón favorito se levantó con gesto resignado. Se metió las manos en los bolsillos y, con la espalda curva, se dirigió a la puerta automática.

Le siguieron más. A medida que iba terminando, la gente se marchaba a su casa.

«Adiós a todos, a los que habéis venido a devolver libros y a los que los habéis tomado prestados».

«También a aquellos que simplemente habéis venido a pasar el rato».

Muy pronto, los únicos que quedaron fueron los empleados.

Ahora, aquellas butacas en las que prácticamente siempre había alguien sentado parecían suspirar en la silenciosa penumbra.

«Buen trabajo. Nos vemos mañana», susurraba yo a ese revoltijo de escenarios por los que me llevaba Koyuki en su diligente afán por dejarlo todo bien ordenado.

«Ojalá este sistema tan generoso de préstamo de libros funcione para siempre». Ese era mi deseo como la placa con el nombre de Koyuki en la que me había convertido.

—Oye, Koyuki, ¿es cierto eso de que te has casado?

«¿Qué?».

—Sí, ayer mismo fuimos al Ayuntamiento y registramos el matrimonio.

«¿Cómo?».

—Vaya, ¡muchas felicidades!

—¡Qué bien!

—¿Y cuándo es la ceremonia?

Un batiburrillo de voces estridentes resonó molestamente en mis oídos mientras permanecía atónito.

—No haremos ninguna ceremonia —contestó Koyuki, sin dejar en ningún momento lo que estaba haciendo, que era revisar los libros devueltos ese día—. No tenemos mucho dinero y llevamos ya unos cuantos años viviendo juntos, así que decidimos que solo nos registraríamos.

Vaya, así que llevaban tiempo viviendo juntos. Cuando yo la miraba desde mi rincón, cuando me sonreía y me despedía con un «Vuelva siempre que quiera»..., ella ya vivía con otro hombre.

—Ahora que me fijo, no llevas alianza, ¿no?

—¿Alianza? —Koyuki extendió la mano izquierda—. Ah, es que me da miedo estropear los libros.

Koyuki siempre tan comprometida con su trabajo.

—Ah, y si te has casado, también te habrás cambiado el apellido, ¿no?

—Bueno, sí.

—¿Y cómo te llamas ahora?

—Kawanakajima.

—¿Kawanakajima? Jolín, da una impresión muy diferente. Tienes nombre de batalla medieval.

—Ya, es verdad.

—Entonces tendremos que cambiarte la placa.

—La placa... —susurró Koyuki, a la vez que me estrechaba entre sus dedos. La fuerza con la que me apretaba cambió sutilmente, como si estuviese pensando algo.

Cuando hablaban de la placa se referían a mí. Jamás habría imaginado que esto terminaría tan pronto. Me estaba bien empleado. Había sido muy arrogante por mi parte querer convertirme en un nombre. «Adelante, cámbiate el apellido, no te preocupes por mí. Yo seguiré siendo Koyuki y cumpliré con la misma devoción mi deber de placa hasta el final».

—No quiero cambiarla.

«¿Eh?».

—De pequeña los niños se reían de mí por tener un apellido que parece más un nombre y yo lo aborrecía. Sin embargo, ahora, al pensar en cambiarme la placa, me doy cuenta de que ya no podré volver a utilizar mi apellido y... No lo sé, al final le he cogido cariño.

Koyuki me desabrochó de su delantal y me miró fijamente. Vi mi reflejo en sus ojos, grandes, negros y resplandecientes.

—Además, sería una lástima tirar esta placa, está nueva.

Se desataron algunas risas suaves a su alrededor.

—Entonces seguirás siendo Koyuki. Qué bien. Felicidades. Ojalá seas muy muy feliz.

Koyuki y sus compañeros festejaron el enlace entre la penumbra de la biblioteca. Yo también le mandé mis mejores deseos y

felicitaciones.

«Sería una lástima tirar esta placa, está nueva», había dicho. Sus palabras se me habían quedado grabadas en el corazón.

«¡Tienes razón, Koyuki!».

«Sería una auténtica lástima».

# Capítulo 6
# Susurros



Nunca habría imaginado que esa enfermedad fuese a acabar conmigo. No me lo esperaba. No lo sabía. Llevaba un buen rato atascada en esa incredulidad. Pensando lo mismo en bucle, una y otra vez. Ese individuo me estaba esperando. Parecía un hombre. Se había plantado delante de mí, me había dicho que había muerto, pero que iba a darme la oportunidad de aferrarme a algo, un destino nuevo, y que pensase en qué quería convertirme. «¿Cómo que un destino? ¿Qué estás diciendo?». Después de muchas preguntas, al final lo había entendido, pero eso no significaba que pudiese tomar una decisión. Me había quedado estupefacta. Y así permanecí un buen rato. De pie y sin decir nada.

—¿No tienes ninguna idea? —me preguntó al fin ese individuo, abriendo su oscura boca como si se hubiese cansado de esperar.

—Sí, pero... Es que... Mamá...

Se me había vuelto a escapar. A mi edad y aún seguía llamando «mamá» a mi madre. Cerré la boca, avergonzada.

—Eh... ¿Cómo está mi madre?

—Viva.

—Sí, eso ya lo sé. Lo que pregunto es cómo le va la vida... Es que... mi madre es un poco... No sabría cómo decirlo... Complicada. Es muy impaciente, siempre anda acelerada y..., lo confieso, me preocupa un poco cómo debe estar.

—En ese caso, ¿qué te parecería convertirte en algo que te permitiera comprobar cómo se encuentra tu madre?

—Sí, eso estaría bien. Y, dime, con este nuevo cuerpo que tendré... ¿Podré evitar que le sucedan cosas malas o ayudarla si lo necesita?

—No, eso no es posible —respondió al instante—. Tu nuevo cuerpo te permitirá seguir contemplando el mundo como simple espectadora, pero no podrás moverte ni actuar por cuenta propia y tampoco intervenir en nada.

—¿Me convertiré en un objeto y no podré hacer nada más?

—Así es —respondió el guardián, y su cuerpo se encogió un poco.

—¿Tampoco susurrar?

—Pues...

Pero, antes de que me respondiera con alguna impertinencia, concreté:

—Mamá, digo, mi madre, ha perdido mucho oído de golpe y lleva un sonotone. Si me convirtiera en su audífono, ¿podría susurrarle cosas al oído? A esto es a lo que me refería.

—Puedes convertirte en su audífono si es lo que deseas, pero no podrás hablar por tu cuenta.

—Pero, aunque no pueda hablar, la longitud de onda o como se llame... Quiero decir, ¿podré mantener algún tipo de conversación telepática con ella? ¿Hacer que me entienda sin oírme?

—Bueno, ¿por qué no haces la prueba? Conviértete en su audífono. Ahora mismo preparo los documentos.

El guardián de almas sacó un volante de entre las palmas de sus manos. En él leí las palabras «mamá» y «audífono».

—Estas palabras representan tus sentimientos.

Me pareció que lo decía riéndose por lo bajini. A pesar de toda la precaución que había tenido para no decir «mamá» en voz alta, ese individuo me había calado enseguida. Debía de ser como un libro

abierto para él. No tendría que haber intentado disimular ni andarme por las ramas. Ahora me sentía incluso más ridícula.

Quien me había inculcado el hábito de llamarla «mamá» había sido, precisamente, mamá. Me lo había metido en la cabeza desde muy pequeña y ahora ya no había forma de cambiarlo.

Mamá, eternamente testaruda y egoísta. La de problemas que me había dado. ¿Por qué, entonces, incluso en un momento como ese, deseaba volver a verla? Mientras me hacía esta pregunta, soplé el papel que me mostró el guardián.

Se oía un suave rumor. La palma de una mano cruzó por delante de mí. Una mano enrojecida y arrugada. La mano de mamá. El rumor que oía era el de mamá arreglándose el pelo. Me había convertido en su sonotone. Veía el cartel de la clínica Hashinomoto, las ramas de los pinos que crecían hacia fuera como brazos, la barandilla un poco abollada. Conocía ese paisaje. Me desplazaba con un ligero vaivén. Era el camino de nuestra casa a la estación.

Entonces lo entendí. Mamá estaba andando. «¿Adónde vas, mamá?». Llevaba puesto su sonotone. «Muy bien. ¿A que es mucho más práctico y seguro?». Al principio mamá se había mostrado muy reacia a llevarlo. Fui yo quien se lo recomendó. Un día me di cuenta de que mamá había dejado de girarse cuando la llamaba. Y, aunque estuvieses hablando con ella delante de sus narices, te miraba con perplejidad. Hasta que de pronto se cansaba, decía que no entendía nada y se iba enfadada.

Al principio solo pensaba que estaba de mal humor. Pero, cuando me di cuenta del volumen al que ponía la televisión y la radio, lo entendí. Mamá no oía bien. No es que estuviera de mal humor. Se enfadaba conmigo porque no comprendía lo que le decía.

A partir de ese momento, procuré hablarle siempre más alto. Y ella me respondía igual. Las dos acabábamos gritando y, al final, parecía que estuviésemos discutiendo.

—Se ha fundido la bombilla de fuera.

—¿Eh? ¿Qué has dicho?

—La bom-bi-lla. La del porche. Se ha fun-di-do.

—¿La bombilla? Pues, si se ha fundido, ¿por qué no la cambias?

—Es lo que iba a hacer. Solo quería decirte que se ha fundido.

—Qué pesada eres, hija.

—¡Mira quién fue a hablar, mamá! ¡Siempre gritando!

Esto sucedía muy a menudo. Cualquier comentario mío sin importancia desembocaba en una pelea. Hasta que al final me harté de los gritos. Por eso le recomendé que se pusiera un sonotone. Pero, tal y como había previsto, cuando se lo propuse, mamá se encolerizó.

—¡¿Me tomas el pelo?! ¡No me trates como a una vieja! ¡No estoy tan decrépita como a ti te gustaría! ¡Qué tonta eres! ¡¿Gracias a quién te crees que has crecido tanto?! ¡Desagradecida! Estás deseando que me convierta en una vieja inútil, ¡¿a que sí?! ¡Pues lamento decirte que aún me quedan muchos años de vida! ¡No te daré la satisfacción de morirme tan pronto!

Cada vez que se lo sugería, se ponía a gritar como una histérica y no me dejaba hablar. Aunque en cierto modo lo había anticipado, me dolió igual. A mí no quiso hacerme caso, pero, al darse cuenta de que no podía hablar con nadie, al final el médico la convenció. Pedirle a mamá que hiciera cualquier cosa siempre era un suplicio. Aunque fuese una tontería. Así era ella. O las cosas salían exactamente a su manera o no salían.

«Llámame "mamá"».

«Mira a mamá».

«Escucha a mamá».

«Mamá no se equivoca nunca».

«Mamá siempre tiene razón».

Todo mi mundo giraba alrededor de ella. Cuando ya no pude más y quise escapar de su despotismo, me casé. Pero un matrimonio tan precipitado no podía salir bien. Mamá siempre criticaba a mi marido. Antes de casarnos, después y tras el divorcio. Siempre señalaba todo lo que hacía mal, que si esto, que si aquello... Y la verdad es que no le faltaba razón. Quizá por eso dejé de amarlo, porque ya no podía ignorar los defectos que ella se había encargado de subrayar. En otras palabras, aunque alguien tenga defectos, si los demás no se dan cuenta, es como si esos defectos no existiesen. Por eso habría vivido más feliz desconociéndolos. No me gustaba oír a mamá señalar una y otra vez todas y cada una de las carencias de mi marido. Pero, al final, acabé escuchándola. Ella me obligó a hacerlo. Mamá creía que formaba parte de su «derecho natural de madre» venir a visitarnos a nuestra casa y que era mi «deber natural de hija» ir a verla yo a la suya.

—Es un inútil.

Mi marido estaba viendo la televisión en la salita contigua cuando ella dijo esto lo suficientemente alto como para que la oyera. En ese momento yo monté en cólera porque pensé que había gritado aposta. No fue hasta más tarde cuando me di cuenta de que se estaba quedando sorda y de que quizá por eso no había regulado bien el volumen de su voz. En cualquier caso, a medida que estos incidentes se repetían, mi marido y yo nos íbamos distanciando y mamá se encargó de ensanchar aún más la brecha entre nosotros. Cuando le comuniqué que nos divorciábamos, su respuesta me dejó estupefacta: «¿No te da vergüenza hacer algo tan indecoroso?», dijo. Yo le respondí que ella siempre estuvo en contra de nuestro

matrimonio y esto la enfadó todavía más: «Pero ¿qué dices? ¡No culpes a la gente de tus errores!», chilló. Aunque luego añadió, con una risita: «Puedes volver a casa si quieres. No tienes adónde ir, ¿verdad?». No me quedó alternativa. Carecía de la independencia económica suficiente para pagar un piso por mi cuenta. Volví con mamá, que vivía muy cómoda gracias a la herencia que le había dejado papá.

Se abrieron las puertas del tren. Los pasajeros bajaron. La gente se volvía para mirarnos. Y es que, en vez de esperarse a que bajase todo el mundo, mamá estaba intentando entrar a la fuerza.

«Mamá, para subir al tren, primero tienes que dejar salir a los que quieran bajarse», le susurré al oído. Pero ella se abrió paso a codazos hasta que entró. Solo quedaba un huequecito libre en los asientos de terciopelo rojo. Se mirase como se mirase, era demasiado estrecho para un adulto, pero mamá obligó a los pasajeros que estaban sentados a apretarse y encajó su trasero en él. Una niña a nuestro lado puso cara de susto y se giró para mirarnos. Claro, eso explicaba que hubiese ese espacio, porque la chica solo ocupaba la mitad. Pero mamá se había hecho un hueco a la fuerza. La pobre muchacha se inclinó hacia delante, visiblemente incómoda. «Mamá, no puedes sentarte donde te venga en gana. Molestas a los demás», le susurré. Pero ella torció el cuello con expresión indiferente y se sonó la nariz.

Al cabo de un rato, la niña no aguantó más y se levantó para irse a otro sitio. Mi madre, con cara de «¡Ya era hora!», se acomodó en su asiento y, abrazando el bolso, cerró los ojos y se puso a susurrar improperios: «Me saca de quicio, me llena el jardín de hojas secas, apesta, es un asqueroso, maldito gato, tendría que disculparse,

Nojima...». Estaba criticando a nuestro vecino, el señor Nojima. Mientras seguía con su retahíla de insultos, entre traqueteo y traqueteo, se le cayó a un lado la cabeza y se quedó dormida.

«Mamá, ¿adónde vas? ¿Te despertarás en tu parada?».

Como era de prever, se le pasó la estación.

—Malditos altavoces, suenan demasiado bajo —refunfuñó, mientras bajaba del vagón y se dirigía al andén contrario.

Cuando por fin salió de la estación, se encontró con un grupo de mujeres de su edad que la saludaron con la mano.

—¡Llegas muy tarde!

—Estábamos preocupadas por ti.

—Ahora decíamos que quizá te habías vuelto a equivocar y nos estabas esperando en otra estación.

El grupo de señoras histriónicas la rodeó.

—El tren ha llegado tarde por culpa de un accidente.

«Mamá, ¿por qué mientes? ¿No te das cuenta de que lo sabrán igual? ¿Por qué no puedes decir la verdad, que te has quedado dormida y te has pasado la parada?».

—Vaya, qué incordio.

Vi que alguien le ponía una mano en el hombro.

—Justo ahora que acabas de perder a tu hija.

Jolín, como si mi muerte fuese comparable a que el tren llegase tarde.

—No habléis de mi hija, por favor —dijo mamá, con un hilo de voz.

Su hombro se apartó de la mano. Las risas se apagaron de golpe.

—Pe-perdón —se disculpó la voz de antes.

—Hoy hemos quedado precisamente para olvidar todo lo malo y divertirnos un rato juntas.

Se oyeron algunas risas forzadas a su alrededor, pero mamá continuó sumida en el silencio.

«Mamá, tienes que reírte con ellas y rebajar la tensión. Se han reunido para ayudarte a pasar un buen rato, ¿no? Olvídate de mí y diviértete. No me importa, de verdad».

«¿Lo has entendido? Tienes que sonreír, mamá. Y nada de hablar de cosas tristes», le susurré.

—Tenéis razón —dijo ella al fin.

«Muy bien. Ahora toca hablar de cosas alegres...».

—¿Por qué yo sigo viva?

«Mamá...».

—¿Cómo puede una hija irse antes que su madre? Es ridículo. Es absurdo.

El silencio se alargó.

«Mamá, ¿de qué sirve decir estas cosas ahora? Tienes a tus amigas, diviértete con ellas, apoyaos mutuamente. No te digo que le hagas la pelota a nadie, simplemente déjate llevar por el entusiasmo del momento y pásatelo bien».

«Tienes que aprender a leer entre líneas o te quedarás sola».

En ese momento sopló una ráfaga de viento. Un rugido reverberó en mi interior. Mamá soltó un alarido y se llevó la mano a la oreja. Eso no me lo esperaba. No sabía que los sonotones hicieran tanto ruido con el viento. La ráfaga seguía soplando con fuerza mientras mamá me sujetaba dentro de su oreja. Todo se volvió oscuro, no podía ver nada.

Mezcladas con los silbidos del viento que se escurrían a través de los dedos de mamá, me llegaban algunas voces. Al ver a su amiga tapándose la oreja, la comitiva de mujeres creyó que quizá se encontraba mal y parecían preocupadas, pero el vendaval no me dejaba escuchar con claridad lo que decían.

—Solo es por el viento. El viento —exclamaba mamá.

«¿Te duele algo?», «¿Y la garganta?», «¿Te encuentras bien?», «¿Tienes fiebre?», oí que le preguntaban.

Debían de pensar que mi madre se había resfriado por culpa del viento que soplaba esos días. Un malentendido sin importancia, pero a mamá le costaba tomarse esas cosas con humor. Ella se irritaba.

—¡Que no, tontas, que es por esto!

«Mamá, "esto" no aclara nada».

Pero sus amigas no pararon de hacerle preguntas.

—¡Cielos, qué pesadas sois!

Todavía con una mano en la oreja, mamá se puso a andar con pasos firmes.

«Mamá, ¿tú crees que es normal decirles esto e irte sin más?».

«Busca un lugar donde cobijarte y haz el favor de explicarles lo que pasa. Diles que te molestaba el ruido del viento porque llevas un audífono».

Mamá se cansaba de todo enseguida. Tan mayor y seguía incapaz de corregir ese vicio. Quizá incluso me atrevería a decir que esa impaciencia suya se había agravado con la edad.

«¿A que sí, mamá? Todo te cansa. También yo, ¿verdad?».

«Te cansaste de mí cuando era un bebé».

«Y, luego, cuando empecé a andar».

«Cuando te llevaba la contraria».

«Cuando me casé a pesar de tus protestas. Y cuando me divorcié y volví a casa contigo».

«También cuando enfermé».

«Se te notaba en la cara. Tu pereza. Siempre tenías la cabeza en otro lado. Tu mirada estaba vacía. Siempre. Siempre».

«Salvo cuando te enfadabas. Entonces la ira refulgía en tus ojos. Una vez te enfureciste tanto que me lanzaste un jarrón. Me

acertaste en la cabeza y me hiciste sangrar, ¿te acuerdas?».

Solo conocí a mamá ausente y mamá colérica. Siempre fue una de las dos. ¿Por qué nunca podía sonreír como la gente normal, como las señoras que la rodeaban en este momento?

«Todas parecen muy simpáticas, mamá».

«Pese a lo huraña que eres, se preocupan por ti y quieren animarte. ¿No ves que intentan decirte algo? ¿Hasta cuándo vas a seguir tapándote los oídos? ¿No crees que iría siendo hora de que las escucharas tú también?».

Mamá se detuvo. ¿Me habría oído al fin?

—¡No entiendo ni una palabra de lo que decís! —gritó a pleno pulmón—. ¡Este trasto es inútil! ¡No oigo nada! ¡Solo el maldito viento!

Entonces mamá me sacó de la oreja y me arrojó al suelo. Me lanzó con tanta fuerza que reboté un par de veces.

«Jolín, mamá, no me lances por ahí. Que soy yo, mamá. Soy tu sonotone».

Desde el suelo, vi cómo los pies de mamá se alejaban por encima de mí. Sus amigas corrieron tras ella.

«Mamá, espera. Te lo pido por favor, no te vayas», grité desesperada, tirada en medio de la calle.

«Me necesitas, mamá. Vas a necesitarme».

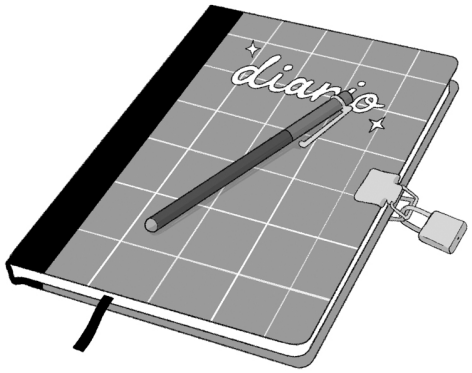
«Con la de cosas que quería decirte».

«Llegué a odiarte mucho, tanto que te habría matado. Pero aun así te quiero. Por eso he vuelto».

«Por favor, mamá, no me abandones».

El viento me arrastró un poco más. Su eco reverberaba en mi interior.

# Capítulo 7
# Diario



Se oía el rumor de una ligera fricción. La tinta azul oscuro ganaba terreno. Esa caligrafía tan familiar se extendía encima del papel blanco al roce de la estilográfica.

*1 de enero*

*Hoy empieza un nuevo año. Esta vez no he recibido ninguna postal de felicitación, no he preparado la comida tradicional y tampoco he ido al templo. Sin ti, Hikaru, hoy ha sido un día de lo más triste. Nos hemos quedado Kana y yo solas, sin visitar a nadie. Como en la televisión salía mucha gente vestida con kimono, Kana ha preguntado qué día era y yo le he respondido que Año Nuevo. Ha sido una jornada soleada, despejada y con fuertes vientos.*

Kimiko apretaba los labios con semblante serio delante de mí. Ahora yo era su diario y, por lo tanto, podía leer lo que escribía, sentir el tacto de sus dedos en mis páginas y contemplar su rostro. Así que estábamos a 1 de enero. El primer Año Nuevo desde que desaparecí de este mundo.

El diario de Kimiko era como una carta a mi persona. Siempre se ponía a escribir al final del día, en el momento de mayor tranquilidad, mientras nuestra hija, Kana, dormía profundamente, bien entrada la noche. Kimiko escribió «Luego», pero se detuvo al

inicio de la frase cuando Kana apareció por detrás. Parecía exhausta, como si en cualquier momento fuese a romper a llorar.

—¿Te has despertado? —le preguntó Kimiko, y la alzó en brazos.

Ella asintió despacio mientras se restregaba los ojos.

—Pipí.

—Vale, vale.

Kimiko siguió abrazándola con una sonrisa y salieron juntas del cuarto. Diario en pausa. Había dejado la estilográfica justo enfrente de mí. Era de color burdeos con bordes dorados. Se la había regalado yo, creo que cuando cumplió veinticuatro años. Trabajábamos en la misma oficina, pero me trasladaron a una sucursal de provincias. Fue entonces cuando Kimiko me mandó esa carta. Empezaba así: «Ya sé que es un poco perturbador comunicarse por carta hoy en día...». Yo le contesté lo siguiente: «De eso nada. Precisamente porque los textos escritos a mano ya no abundan, resulta muy reconfortante leer una carta como la tuya. En especial para mí, que me han mandado a un sitio donde no conozco a nadie». Y decía la verdad. La delicada caligrafía de Kimiko era como un bálsamo para mí. Nos enviábamos varias cartas al mes. Cuando alguna vez yo no tenía tiempo de responderle, siempre recibía antes una carta suya.

«Lo siento, no podía esperar», escribía. Aunque con el tiempo dejó de añadir esta introducción y cada vez eran más las cartas que me mandaba sin darme tiempo a responderle. Me explicaba cualquier cosa: lo que le había pasado en el trabajo, su opinión sobre películas o libros, los gatos o perros que había visto por el vecindario, lo que había comido ese día y hasta la forma de las nubes. Así continuamos con nuestra correspondencia, más o menos con una proporción de tres cartas de Kimiko por cada una que le mandaba yo. En las mías le comentaba las cosas que más me habían

sorprendido de todo lo que me explicaba. Sus cartas siempre transmitían una apacible felicidad. Dos años y tres meses fue lo que duró. A los dos años y cuatro meses, dejamos de escribirnos. En su lugar, empezamos a vivir juntos. Guardamos en una caja todas las cartas que nos habíamos mandado y nos casamos.

—Aunque ahora estemos viviendo juntos, el hecho de saber que aquí dentro están todos los sentimientos que compartimos cuando vivíamos separados es bonito y a la vez un poquito embarazoso, ¿no crees? —dijo Kimiko, mientras ataba la caja que contenía nuestras cartas con el mismo lazo rojo que habíamos utilizado para los obsequios de la boda.

Desde entonces, nunca habíamos vuelto a desatar ese lazo. Al menos mientras yo vivía. Quizá, tras mi muerte, ella sí la había abierto. A pesar de haber dejado la frase a medias, Kimiko no regresó a su diario esa noche. Imagino que debió de quedarse dormida después de acostar a Kana. Su siguiente entrada, el 2 de enero, empezaba así: «Aprovechando que hoy también hacía mucho sol, he aireado los futones. En esta época del año, el aire es limpio y fresco y se secan muy bien». No continuó la frase que había dejado a medias el día anterior. Yo me había quedado toda la noche rumiando sobre qué seguiría a ese «Luego», pero todo parecía indicar que Kimiko ya se había olvidado.

*4 de enero*

*Hoy ha sido el primer día de trabajo después de las vacaciones. Todas las solteras de la oficina se han puesto sus kimonos de ceremonia, ya que es tradición en Año Nuevo. Por lo visto, era una orden del jefe. Me lo ha contado Kamata, que tiene treinta y dos años y a quien no le ha hecho ninguna gracia la idea. Sin*

*embargo, todas las novatas jovencitas estaban entusiasmadas. Como es lógico, con semejante indumentaria, es imposible trabajar bien, de modo que los empleados fijos se han ido a casa al mediodía, después de la ceremonia de apertura. Gracias al cielo, las subcontratadas como yo no teníamos que llevar kimono ni ponernos nada raro, así que en mi caso he ido la mar de cómoda. Por la tarde, como la oficina ha quedado prácticamente vacía, hemos continuado trabajando sin estrés, tomando té y charlando hasta que nos hemos ido a casa, también antes de lo habitual. Cuando he pasado a recoger a Kana a la guardería, solo había algunos niños jugando tranquilamente con bloques de construcción en medio de esa aula tan grande. Supongo que muchas madres aún siguen de vacaciones de Año Nuevo. Cuando he llamado a Kana y se ha girado, tenía la misma cara que tú recién levantado y me ha hecho mucha gracia. Al atardecer ha llovido un poco.*

Cuando nos casamos, Kimiko dejó de trabajar un tiempo y después volvió como subcontratada. «Así que con kimono, ¿eh?», pensé, mientras leía lo que había escrito. A mí jamás se me habría ocurrido semejante idea. Probablemente, de seguir vivo, Kimiko me habría contado esa anécdota mientras cenábamos. Me alegraba ver que, un año más, Kimiko seguía trabajando y cuidando de nuestra hija.

*3 de febrero*

*Hoy al levantarnos todo estaba blanco. Kana se había despertado antes y me la he encontrado con la nariz tan pegada al cristal de la ventana que parecía que se le fuera a romper. Las*

*chanclas de la terraza habían quedado sepultadas bajo la nieve, así que nos hemos calzado las botas de agua y hemos salido a jugar un poco. Menos mal que hoy era festivo, pero es que aún no han pavimentado la calle de delante de la guardería y estaba llena de barro. Kana y yo hemos hecho tres muñequitos con la nieve de la terraza. Para los ojos, hemos usado judías rojas. A ver qué tal están mañana las figuras, puede que ya se hayan derretido.*

*4 de febrero*

*Los muñecos de nieve de ayer siguen igual, se han congelado, aunque las judías se les han caído. Hoy ha hecho muchísimo frío y me he acordado del día en que me propusiste matrimonio. También hacía un frío que helaba los huesos.*

Cuando le propuse matrimonio... Si no me fallaba la memoria, fue el mismo día que recogí aquellos frutos rojos de la nandina y se los di. Hacía ya un tiempo que, aparte de las cartas, Kimiko me visitaba de vez en cuando y se quedaba a dormir en mi casa. Una de esas noches cayó una tormenta de nieve tremenda y, al despertar a la mañana siguiente, había una capa de unos cinco centímetros. La nieve cubría completamente las calles cuando salimos a pasear, deslumbrados por la luz del sol que se reflejaba en ella. A medio camino, recuerdo que Kimiko señaló una nandina cuyas ramas también habían quedado cubiertas por un manto blanco y dijo: «En contraste con la nieve blanca, el rojo aún parece más rojo, ¿a que sí?».

Entonces tuve una idea. Arranqué uno de esos frutos rojos de la rama que Kimiko señalaba, alcé su mano izquierda y se lo puse en el dedo anular.

—¿Quieres casarte conmigo? —le pregunté.

—¿Qué es esto? ¿Mi anillo de compromiso? —se rio ella—. Pues lo acepto.

Y a continuación lo cogió con la mano derecha y se lo guardó en el bolsillo.

—Casémonos —repitió, mientras me pasaba una mano por el brazo y se apoyaba en mí. Y así continuamos nuestro paseo por las calles nevadas, tocándonos disimuladamente sin romper el silencio. El aire era muy frío, pero por dentro ardíamos de amor. Deseé que ese día enmarcado por la nieve no terminase nunca. Y ahora descubría que Kimiko tampoco lo había olvidado.

*5 de febrero*

*Hoy he puesto los adornos para el Día de las Niñas. Aunque solo tenemos dos muñecos, el príncipe y la princesa, la caja es tan grande que no veas lo que me ha costado sacarla de arriba de todo del armario empotrado. Siempre eras tú quien se subía a la escalera de mano y me la dabas a mí, que te esperaba abajo. Kana aún es demasiado pequeña para cogerla. Cuando ya había sacado la mitad, me he quedado un rato ahí arriba, pensando en cómo me las iba a apañar para bajarla. Pero ¿sabes qué? Entonces me he acordado de los indios, que andan cargando los fardos encima de la cabeza, y yo he hecho lo mismo. Me he colocado justo debajo de la caja y he ido bajando muy despacio para que no se me resbalase. Ingenioso, ¿a que sí? Tendré que usar el mismo truco cuando me toque guardarla de nuevo, así que lo dejaré aquí apuntado para que no se me olvide.*

*La princesa es muy bonita. Carece de expresión. En un momento que me he despistado, Kana ha intentado dar de comer*

*a la muñeca, pero la he frenado a tiempo. Le he dicho que la princesa no necesitaba comer, que tenía la barriguita llena de felicidad porque el príncipe estaba a su lado. Entonces ella me ha preguntado cuándo volverías y no he podido contestarle.*

Kimiko escribió «Por eso», pero entonces la estilográfica se detuvo. Segundos después, lo tachó con una línea doble. «El sol cada día es más cálido y empiezo a notar el perfume de la primavera». Esto fue lo último que escribió ese día. Quizá era por el adorno del Día de las Niñas que había rescatado del armario. Desde donde estaba, podía sentir una fragancia parecida a la de la casa de los abuelos cuando, hacía ya mucho tiempo, íbamos a visitarlos. Kimiko me susurró «Buenas noches» y me cerró. Luego oí el interruptor y las luces del cuarto se apagaron. Cada noche, cuando se iba, sentía el mismo impulso, el de levantarme y acostarme con ella. Como cuando, después de tomarnos unas copas y charlar un buen rato en el sofá, nos íbamos juntos a la cama. Aunque mi inconsciente me instaba a acompañarla como hacía siempre, yo ya no volvería a levantarme nunca más. Quizá por eso decidí convertirme en su diario, porque quería experimentar de nuevo esa sensación. Estaba muy contento de poder leer sus cartas, me hacía mucha ilusión, pero también muchísimo daño. Un dolor que se acumulaba día tras día. Sin embargo, la alegría de permanecer tan cerca de su corazón era superior a todo eso. Estábamos en invierno. Como Kimiko apagaba la calefacción antes de acostarse y yo no tenía manta ni nada con lo que cubrirme, las noches eran muy frías. Aunque no era tan duro como parece. Al fin y al cabo, yo ya no era un organismo vivo con sangre caliente en las venas. Para mí, el calor había dejado de tener sentido. Entonces, ¿qué lo tenía? ¿Adónde quería llegar leyendo las cartas de Kimiko?

*21 de marzo*

*Hoy por fin he guardado el altar de las muñecas. Quería hacerlo antes del día 3, pero no he encontrado el momento hasta ahora.*

*«Tienes que guardarlo —me decía—. Si te retrasas tanto, Kana se casará muy tarde».*

*Sí, lo sé, esto solo lo dicen las abuelas. Hoy ha venido a vernos Kakimoto y ha elogiado mucho el altar, ha dicho que la princesa era muy bonita. Luego ha preguntado si no me resultaba difícil sacarlo y guardarlo yo sola y enseguida se ha ofrecido a ayudarme. Por fin está guardado. ¡Ya lo ves, al final no he tenido que usar el ingenio! En el momento de guardar el altar dentro de la caja, Kana se ha quedado mirando la cabeza de la muñeca, que ya estaba envuelta, y la acariciaba con el dedo como si le diese reparo desprenderse de ella. «¿La princesa también será feliz dentro de la caja porque está con el príncipe?», ha preguntado. Yo me he quedado callada sin saber qué decir, pero entonces Kakimoto ha abierto muchos los ojos, esos ojos tan grandes que tiene, y le ha respondido que sí, que dentro de la caja estarán los dos solos y serán muy felices. Su cara era tan cómica que Kana se ha puesto a reír.*

Kakimoto y Kimiko se conocieron en el club de la universidad, la amiga de mi mujer es unos años mayor. Cuando se enteraron de que las dos se habían mudado al mismo barrio, empezaron a verse de vez en cuando, una iba a casa de la otra y viceversa. Yo solo la había visto una vez. Me pareció una mujer muy generosa y centrada en su carrera. Y sí, ahora que lo mencionaba, es verdad que tenía unos ojazos enormes, como si anduviera por el mundo asombrada. Si no recordaba mal, seguía soltera. Me alegré de saber que continuaba visitando a Kimiko y a Kana. Las notas de un piano se

filtraban a través de la puerta provenientes de la habitación contigua. Era *Träumerei*, la melodía que Kimiko se ponía cuando no conseguía dormir. ¿Qué clase de pensamientos desfilarían por su mente mientras escuchaba esa pieza? Intentando hallar una respuesta, me puse a repasar los banales episodios que había descrito en su diario hasta la fecha. Al fin y al cabo, eso era todo lo que escribía cada día, anécdotas sin importancia. Pero ¿y si había algo más? Un día la respuesta a esta pregunta apareció en su diario.

*X de X*

*Hikaru, tengo que confesarte una cosa. La verdad es que estoy saliendo con alguien. Lo conozco desde antes de conocerte a ti, éramos compañeros de clase en bachillerato y me apoyó muchísimo cuando tú te fuiste. También se lleva muy bien con Kana, es una buena persona. Hace tiempo que me propuso que nos fuéramos a vivir juntos y yo no sabía qué hacer, no me atrevía a dar el paso, pero hoy por fin he tomado una decisión. Quiero empezar una nueva vida con él. Tanto Kana como yo lo necesitamos. Y me ha dicho que él nos necesita a nosotras. Te pido perdón por no habértelo contado antes. He sido muy cobarde, ¿verdad? Tienes que saber que sigo amándote. Esto no ha cambiado. Sin embargo, antes de empezar esta nueva vida, quiero despedirme formalmente de ti, Hikaru. Y he decidido que sea hoy.*

*Gracias por cuidar de mí todo este tiempo. Muchas gracias, de verdad. Esta será la última vez que escriba en este diario. No puedo llevármelo a mi nuevo hogar, así que mañana por la mañana lo quemaré en el jardín.*

Sus palabras me cogieron por sorpresa. Permanecí unos momentos anonadado, incapaz de hilar ningún pensamiento. Cuando terminó de escribir, Kimiko dejó la estilográfica, apagó las luces y salió de la habitación. Me dejó solo en ese cuarto a oscuras, aturdido. Horas después, amaneció. Cuando los rayos del sol empezaron a filtrarse a través de las cortinas, al fin había logrado tranquilizarme y me sentía en paz.

«No te preocupes, Kimiko. Así está bien».

En realidad, creo que si elegí convertirme en su diario fue precisamente porque quería asegurarme de que ella y Kana rehicieran sus vidas. Como si hubiese querido darme un tiempo para asentar mis sentimientos, Kimiko entró en el cuarto justo en ese momento y descorrió las cortinas. Bajo la pletórica luz del sol, estaba más guapa que nunca. Se había liberado de sus temores y tenía un aire digno y hermoso. Me cogió entre sus manos y me observó. Luego, frunciendo ligeramente el entrecejo, sonrió.

«Yo siempre seré tu primer esposo», quise decirle.

Kimiko me abrazó. Y así, aferrándome contra su pecho, me sacó por primera vez de la habitación donde escribía y me llevó al jardín. La caja que contenía nuestras cartas también estaba allí. Me introdujo debajo del lazo de la caja de modo que la cruz de cinta roja me ciñese el pecho. Alcé la vista al cielo y Kimiko empezó a cubrirme con un manto de hojas secas. Al cabo de un rato, las hojas se transformaron en llamaradas rojas. Kimiko había encendido la hoguera. Muy pronto, el fuego me asedió a mí también, reduciendo a cenizas el lazo que me envolvía. Una vez liberado, mis páginas empezaron a arder una por una mientras se alzaban oscilando hacia el cielo. Debajo de mí, ardían también nuestras cartas. El sinfín de palabras que habíamos intercambiado se convertía en humo. Las llamas bailaban. Bailaban. Bailaban sin parar. Mientras sentía que me

iba a un lugar muy muy lejano, miré a Kimiko a través del fuego y le dediqué mi último pensamiento: «Felicidades».

# Capítulo 8
# Masajes



—Que no, no me interesa convertirme en ningún objeto o lo que sea. Lo que yo pregunto es si sería posible resucitar con el mismo cuerpo que tenía —dije, inclinándome instintivamente hacia delante.

—Y, como te he repetido ya tres veces, eso no está permitido.

—Escúchame, no sé qué van a hacer sin mí, me necesitan. Es que ha sido demasiado repentino. ¿No podría continuar con mis planes un poquito más? No, vale. A ver, ¿y si poseo a otra persona? ¡Eso sería estupendo! Seguro que así esa persona podría...

—¡Que no! ¡Solo puedes aferrarte a objetos inanimados! —me gritó.

Me sentí como un niño al que acaban de regañar. ¿Qué le pasaba a ese tipo? Tampoco hacía falta ser tan intransigente, digo yo. Podía tomarse las cosas con un poco más de flexibilidad, ¿no? Sin embargo, enseguida entendí que mis quejas no me llevarían a ninguna parte.

—De acuerdo, ya me ha quedado claro. No puedo resucitar...

Me puse a pensar. Visualicé mi mesa de trabajo en la oficina. Enfrente se sentaba Taniyama, siempre con su cara de muermo. ¿Qué estaría haciendo en ese momento? Al lado tenía a Haranishi. Ese tipo tampoco... Basta, basta ya de pensar en los energúmenos de la empresa. No quería volver a verlos. Seguro que estarían pasando un mal trago, pues había muchas cosas que solo sabía yo. Mentiría si dijese que no me importaba, pero tampoco es que pudiese hacer nada al respecto. Yo no había elegido irme de un día

para otro sin avisar. El médico me había advertido que si seguía por ese camino podía morir en cualquier momento, pero jamás imaginé que ocurriría de verdad. «Si continúa así, morirá», dijo, y antes de que me diese tiempo a cambiar ese «así», su profecía se había cumplido.

—En fin —dije cuando me hube calmado—, si estas son las condiciones, ya he tomado mi decisión.

—Te escucho —respondió él, recuperando su voz serena.

—Quiero volver a casa. A mi casa.

—O sea, que quieres convertirte en algún objeto de tu casa, ¿no?

—Exacto. Quiero volver a casa con mi familia. Es lo más natural.

—Sí, lo es.

—Así que he estado pensando en qué objeto de mi casa elegir...

—¿Y...?

—La verdad es que allí también tengo mi propio despacho, lo cual no sería una mala opción, pero luego he pensado que eso no tendría sentido porque nunca entra nadie, ¿no? Por eso he decidido que me convertiré en algo del salón, que es donde mi familia pasa la mayor parte del tiempo y desde donde podré observarlos mejor.

—Sí, estoy de acuerdo. ¿Y bien? ¿En qué objeto de tu salón vas a convertirte? Di uno.

Visualicé la sala de estar. Había un sofá de piel marrón, descolorido y desgastado, y una mesa llena de arañazos y golpes. Siempre había revistas, periódicos, folletos, ropa y un montón de cosas más esparcidas por todas partes. El televisor de tubo que los niños insistían tanto para que cambiásemos también estaba medio estropeado. La pantalla parpadeaba un poco y las imágenes se veían ligeramente verdes. Entonces se me ocurrió. En medio de esa habitación tan caótica y deprimente, un mueble en particular resaltaba por encima de los demás.

—Tenemos un sillón de masajes. Te masajea todo el cuerpo, desde las puntas de los pies hasta la cabeza. Cuando alguien se sienta y le da al botón, calcula el tamaño de esa persona para detectar los puntos en los que tiene más tensión y hacerle un masaje personalizado. ¿A que es increíble? Lo compré a muy buen precio. Si me convierto en ese sillón, podré dar masajes a mi familia y hacer que se sientan un poco mejor. Creo que así yo también seré feliz.

—De acuerdo, te convertirás en el sillón de masajes de tu casa.

Un papel reluciente apareció de entre las manos del guardián de almas.

Había vuelto. Estaba en casa. Me había convertido en el sillón de masajes.

Inspeccioné detenidamente mi alrededor y me llevé una sorpresa. El sofá de enfrente era nuevo y de tela, y el televisor también había cambiado, ahora era de cristal líquido. Y mira que les había repetido que las cosas tenían que aprovecharse hasta el final, hasta que ya no pudieran utilizarse más. ¡Qué poco habían tardado en cambiarlo todo! Mientras revisaba indignado las novedades de ese salón desierto, de pronto me llegó la nota de una campanita y un ligero aroma a incienso. Entonces descubrí a mi mujer, Shōko, que estaba en la habitación con suelo de tatami del fondo. Había juntado las manos en posición de rezo y lucía una expresión seria. Me pareció que había adelgazado. Estaba rezando delante de un altar budista. Mi altar, supuse, porque también era nuevo. Lo habían colocado en el *tokonoma*, que era el rincón sagrado de nuestro hogar y también el más silencioso. Madre mía, entonces era cierto, había muerto de verdad. Y me dedicaban plegarias.

«Perdóname, Shōko. Lamento haberte dejado sola tan joven. Nuestros hijos aún...».

—Mamá, jolín, me muero de hambre. Date prisa, venga.

«¿Eh? ¿Esa es Miho? Miho, tu padre está aquí».

—Que sí, que sí, pero espera un momento. Ya te he dicho que primero hay que ofrecerle la comida a papá.

—Eso es ridículo.

—No, no lo es.

—Uf, qué pereza —protestó, y propinó un puntapié al sillón de masajes, o sea, a mí.

«Ya te vale, Miho...».

—Vaya trasto inútil.

—¿Cómo que «trasto inútil»? ¡Será que no te pusiste contenta cuando lo compró papá! ¡Quisiste probarlo enseguida! ¡Decías que te encantaba!

—Tiene razón, es un trasto inútil, solo estorba. —Esta vez fue Kazuto quien habló.

«Kazuto, ¿tú también?».

—Tendrían que habérselo llevado junto con el televisor.

—Pero ¿qué estáis diciendo? Este sillón fue la última compra grande de papá. Usadlo hasta que se estropee.

«Tampoco pido tanto, no quiero que nadie me utilice por obligación. Por cierto, Kazuto... ¿Cuántas veces te habré dicho que los pantalones se llevan por la cintura? ¿Y tú, Miho? No me digas que has vuelto a ir a clase con esas pintas... ¿Qué moda tan horrenda es esa de ponerse los pantalones de chándal debajo de la falda del uniforme?».

Yo ya no formaba parte de esa familia. Desde la cocina me llegaba un olor delicioso. ¿Qué habría cocinado Shōko?

—Papá, hoy tenemos estofado y judías verdes con sésamo.

«Vaya...», contesté en mi interior. Y entonces me percaté. ¿Shōko acababa de contestar a mi pregunta? ¿Me había oído?

No, no se había dirigido a la silla de masajes, sino a la representación oficial de mi persona, el altar budista. Acababa de ofrecerme un bol con una ración pequeña de lo que iban a comer.

«Otros me lo guisan y yo me lo como».

Vivo o muerto, siempre me lo habían hecho todo.

«Pero, Shōko, yo ya no puedo comer».

«Deja el altar en paz y ven a sentarte conmigo. Debes de estar agotada. Has pasado por muchas cosas. Tú dime dónde te duele y verás qué masaje te doy. No puedo arreglar nada a estas alturas, pero al menos quiero ayudarte a relajarte».

«Mi alma se ha unido a un cerebro electrónico. Te daré los mejores masajes del mundo».

Sin embargo, cuando Shōko terminó de realizar su ofrenda, se fue a la cocina sin mirarme ni una sola vez. Después de comer, Kazuto y Miho se sentaron en el sofá y estuvieron viendo un rato la televisión, pero enseguida se largaron para encerrarse cada uno en su cuarto. Ninguno se sentó sobre mí.

«Si nadie me utiliza, quizá sí sea un trasto inútil...».

Creo que Kazuto iba a la universidad, mientras que Miho aún estaba en bachillerato. Ya no volveríamos a ver la tele juntos y tampoco a charlar ni reír como una familia, ¿eh? Esa época había terminado. A decir verdad, mientras estaba vivo tampoco es que pasáramos mucho tiempo juntos; siempre salía tan tarde de la oficina que la mayoría de las veces me los encontraba a todos acostados cuando llegaba a casa. ¿En qué había consistido mi vida? Me puse a reflexionar en medio de la penumbra, solo. Al otro lado de los cristales, atisbaba las ventanas de mis vecinos. En algunas había luz. Azuladas, amarillentas o anaranjadas. Eran la prueba de

que alguien vivía allí, de que había actividad. Hasta hacía relativamente poco, yo también había sido como ellos, un ser vivo capaz de encender y apagar luces a voluntad. Pero ahora ya no. Podía parecer una tontería, pero, en mi situación, no lo era en absoluto.

Estaba sumido en mis pensamientos cuando de repente las luces del salón se encendieron y alguien corrió las cortinas con fuerza. Era Shōko.

—Vamos allá...

Shōko se sentó encima de mí. Qué calorcillo. Ah, por fin había venido. Le dio al botón y comencé a moverme. Cuánta felicidad. Empecé despacio, cerciorándome del tamaño de su cuerpo. Sí, así era ella. Qué recuerdos. Pero, madre mía, qué agarrotada estaba. Hombros, lumbares y hasta las pantorrillas. En las partes más tensas, añadí más presión. Shōko se deshacía en suaves gemidos. Solo yo conocía esa voz. De pronto me acordé de la época en la que empezamos a salir. Debían de haber pasado más de veinte años. Shōko era una chica de tez clara con aire soñador. Era verano. Salíamos a menudo para dar vueltas con el coche que acababa de comprarme. A ella le gustaba poner el aire acondicionado a toda potencia cuando nos subíamos al coche después de haberlo dejado un rato al sol. «Qué calor, ¿eh?», decía, mientras arrimaba la cara a la salida del aire con una expresión de placer. El flequillo se le levantaba y dejaba a la vista su frente redonda. Estaba muy hermosa. En una ocasión fuimos al mar. Shōko lucía una piel blanca y un cuerpo voluptuoso y lozano. Se sentó en la arena abrazándose los tobillos. Yo le pregunté por qué hacía eso y me dijo que le daba vergüenza mostrármelos porque los tenía muy gruesos. Ahora que lo pienso, siempre se ponía los calcetines con doble pliegue. Qué jóvenes éramos. El sol brillaba con fuerza y su blanca piel terminó

completamente roja. Nuestras narices también, lo cual nos hizo mucha gracia. ¿Cuándo pensé en pedirle matrimonio? No tardamos en tener a nuestros hijos después de casarnos. Por si fuera poco, yo estaba muy atareado en el trabajo y los días nos pasaban volando. Continué masajeando el tenso cuerpo de Shōko con mis duras articulaciones. Era como un diálogo entre los dos. Mis quejidos metálicos y sus delicados gemidos quebraban suavemente el silencio del salón.

«Dime, Shōko, ¿jamás te arrepentiste de haberte casado conmigo? ¿Ni una sola vez? No pretendo acusarte de nada. Solo me preguntaba cómo fue para ti».

«Por mi culpa lo nuestro ha terminado de forma muy abrupta, pero a ti te corresponde seguir viviendo, Shōko. Tú seguirás encendiendo las luces de esta casa».

El tiempo del masaje terminó y me detuve, pero Shōko no se movió.

«Oye...».

—¡Lo sabía, mamá! Sabía que te encontraría durmiendo aquí.

Miho había aparecido de repente.

—¿Hum...? Qué va, no estaba dormida —respondió Shōko, pero su voz soñolienta la delataba.

—Mentirosa, ya lo creo que te habías dormido. Como si fuera la primera vez. Te vas a resfriar.

—Vale, vale. Voy a darme un baño. ¿Tu hermano ya se ha bañado? ¿Y tú?

—Sí, ya estamos listos los dos.

Shōko siempre era la última en bañarse. Se estaba mucho rato. Le gustaba leer en la bañera. Y cantar. Sin embargo, cuando le decía que la había oído cantar, ella lo negaba rotundamente. Al parecer, no se acordaba. Qué rara era Shōko a veces. Al cabo de un rato, oí el

ruido del agua de la bañera. Agua yéndose por el desagüe, agua salpicando. No recordaba que esos sonidos fueran tan tristes. Ojalá cantase otra vez.

—Papá, eres un idiota.

La voz de Miho me sobresaltó. «¿Qué mosca te ha picado? Pensaba que te habías ido. ¿Seguías aquí?».

Miho le dio al botón, pero no se sentó. ¿Por qué se quedaba ahí de pie? Menudo derroche de electricidad. Por desgracia, a las máquinas no les queda más remedio que ponerse en marcha cuando alguien las enciende, así que me adapté para darle un masaje a un personaje ficticio y empecé a moverme. Como en esta ocasión no encontré ninguna resistencia, mis movimientos eran mucho más ligeros. Y también vacíos.

«Miho, haz el favor de sentarte».

—Qué idiota eres, papá.

«¿Otra vez? Ya te vale. ¿Gracias a quién te crees que te has hecho tan mayor?».

Miho se sentó en el suelo y apoyó el mentón en mi reposabrazos. Luego colocó la mano en las partes de mi cuerpo que se movían en ese momento.

—Ojalá hubieses podido utilizarlo mucho más. Ojalá no te hubieses muerto tan pronto. Yo no puedo sentarme ahí.

«¿Qué dices? ¿Qué te lo impide? He vuelto al mundo convertido en este sillón porque quería ayudaros a que estuvierais un poco mejor. Venga, siéntate».

—¿Te gusta, papá?

«¿Eh? ¿Que si me gusta? Soy yo quien se está moviendo».

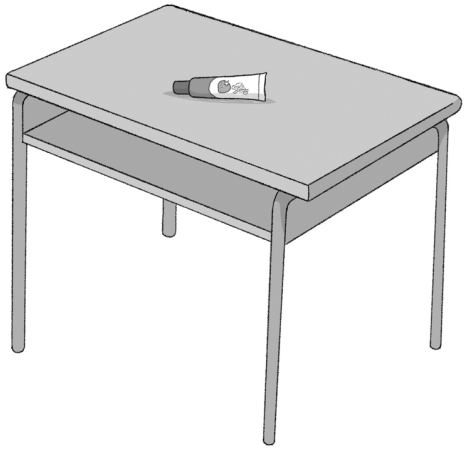
Estudié su expresión. Mi hija me contemplaba con aire abstraído. No, para ser exactos, era como si mirase el lugar que yo debería

haber ocupado. Claro, ahora lo entendía todo. Miho me estaba imaginando sentado en el sillón.

«No te preocupes, Miho. Claro que me gusta. Sienta muy bien».

Y continué moviéndome para dar mi mejor masaje a mi yo imaginario.

# Capítulo 9
# Labios



No, sin duda, no me iba en paz. ¿Cómo esperaba que me fuese en paz si solo tenía catorce años? No me lo podía creer. Deseé que fuese mentira. Tenía que serlo. No podía pensar otra cosa. A la pregunta de qué me habría gustado hacer, pues ni idea. No podía resumirlo. Sin embargo, tenía muy claro qué era lo que más lamentaba: no haber experimentado nunca el amor. O, para ser exactos, no haber salido nunca con un chico. Por supuesto, también me había quedado con las ganas de vivir todas las demás experiencias adultas, como trabajar o casarme, pero irme de este mundo sin haber tenido nunca ni una cita con un chico era lo que más me dolía. Es que, a ver, a mí me gustaba alguien. Estaba enamorada de Ikegami, un compañero del club de bádminton. Me llevaba un año. No es que fuese superguapo, ni fuerte, ni inteligente ni nada de eso. Sin embargo, a su lado el aire parecía más respirable, relajante.

Aún recordaba esa ocasión en la que, mientras recogía los volantes después de un entreno, oí que me decía «Se te olvida este» al tiempo que, con una sonrisa, se ayudaba de la raqueta para lanzarme suavemente un volante rezagado. También me gustaba su forma de beber agua durante los descansos, alzando la cabeza al cielo con ese gesto tan vigoroso, o el tono de su voz ese día que me ofreció sin dudar su toalla cuando, después de lavarme la cara en la fuente, me percaté de que me había olvidado la mía. Para cuando me di cuenta, mis ojos lo seguían a todas partes, hasta que al final

ya no pude continuar negando la realidad: «Vaya, creo que estoy enamorada de él», me dije. Y, en ese momento, sentí una punzada de dolor en el corazón.

Porque Ikegami salía con Ayaka. Siempre volvían juntos a casa después de los entrenamientos. Esas dos espaldas caminando una al lado de la otra evocaban tanta ternura y felicidad... Resultaba reconfortante verlos. Tan reconfortante que dolía. Ojalá hubiese sentido odio hacia ellos. Habría sido mucho más fácil de sobrellevar.

Cuando me diagnosticaron mi enfermedad e ingresé en el hospital, vinieron juntos a verme. Me dejaron un ramo de flores naranjas y dos postales. En la de Ikegami ponía «¡Ánimo!» con unas letras inclinadas hacia arriba en diagonal, mientras que Ayaka había escrito con una caligrafía muy bonita: «Espero que te cures y te recuperes muy pronto. ¡Tienes que volver a jugar al bádminton con nosotros!», y había añadido una nota musical. Yo leí las postales y les prometí que sí, que seguiría luchando, y se me escaparon las lágrimas. Me alegré mucho de verlos, pero aun así fue duro. Ikegami estaba enamorado de Ayaka. Era obvio. Ayaka era dulce, trabajadora y fuerte. Todo el equipo la admiraba. Yo siempre quise ser como ella. Quería convertirme en alguien de quien Ikegami pudiese enamorarse, pero a la vez sabía que no tenía ninguna posibilidad contra Ayaka. Era evidente. No le llegaba ni a la suela de los zapatos. De haber podido, habría elegido reencarnarme en ella... Pero eso no estaba permitido. No solo era imposible; el simple hecho de desear algo así resultaba miserable.

Y, no obstante, no podía evitarlo. Quería ser su novia, aunque fuese de mentira, aunque solo fuese un instante. Quería caminar a su lado dándonos la mano, tener una cita, besarnos. Besarnos... Fue entonces cuando se me ocurrió la idea de convertirme en el bálsamo labial de Ayaka.

Me encontraba en el bolsillo interior de la mochila de Ayaka. Por la mañana, antes de ir a la escuela, me había untado ligeramente por sus labios. Olía a pomelo. Era el perfume de Ayaka. Desde sus labios, podía ver todo lo que ella veía. Entramos en clase. El aula estaba desierta. Ayaka siempre llegaba la primera. Entonces apareció Ikegami.

«¿Eh? Pero, Ikegami, ¿tú no ibas a otra clase?».

—Anda, toma —dijo Ayaka, sacando un paquete de su mochila. Era el táper del almuerzo.

—Gracias. —Ikegami le dedicó una sonrisa.

Caramba, ¿así que se trataba de eso? A pesar de lo cansada que debía de estar por los entrenamientos, Ayaka se levantaba temprano todas las mañanas, cocinaba el almuerzo para los dos y luego llegaba a clase la primera. ¡Increíble!

Ikegami se guardó el táper en su mochila con un cuidado especial y, después de estrecharle cariñosamente la mano e intercambiar una mirada alegre, se fue a su clase. Contemplar su sonrisa en primer plano me colmó de felicidad. Al mismo tiempo que Ikegami salía del aula, otros entraron, y Ayaka empezó a intercambiar saludos con todo el mundo. «Qué pereza», «Me muero de sueño», «Qué lata» o «Menudo coñazo». No eran expresiones demasiado coherentes ni profundas, pero servían para aliviar el peso emocional del momento. A medida que Ayaka hablaba, yo iba perdiendo consistencia en sus labios.

«Ah», dijo Ayaka, y en ese momento todo se volvió negro.

Había vuelto al oscuro bolsillo interior de su mochila. Oía la voz de su profesor dando clase, aunque no logré discernir nada de lo que decía, como si estuviese recitando *sutras*. ¿Qué asignatura sería?

Esa voz era el somnífero perfecto. Cuando a veces me entraba el sueño en clase, hacía todo lo posible para no dormirme por miedo a recibir una reprimenda. Me pellizcaba la mano o me daba palmaditas en los muslos debajo de la mesa. Sin embargo, una vez que caía presa del hechizo del sueño, costaba horrores escapar de él. Si te parabas a pensarlo, era bastante aterrador. La misma persona que te embrujaba para que te durmieras estaba, a la vez, preparada para descargar toda su ira sobre ti si lo hacías. Sin embargo, ahora me encontraba dentro de un bolsillo. Nadie podía verme y a nadie le importaba lo que hiciese o pensase un bálsamo labial. Sucumbí gustosamente al sueño. Cuando me desperté, volvía a haber luz a mi alrededor y unos labios posaban delante de mí. De fondo me llegaban los golpes de los volantes contra las raquetas y los chirridos agudos de las zapatillas deportivas en la cancha. Ayaka se estaba untando los labios conmigo en un rincón del gimnasio. Después de pasarme por ellos, juntó suavemente el superior con el inferior y los presionó un poco. Una fina capa de mí permaneció en ellos a la vez que guardaba el resto en la mochila.

El entrenamiento estaba a punto de empezar. Como siempre, Ayaka luciría su expresión más gallarda. En una esquina de su campo de visión estaba Ikegami. Él ya parecía bastante cansado, como si llevase un tiempo entrenando. El pelo, mojado por el sudor, se le pegaba en la frente. Al pasar a nuestro lado, Yumi, otra compañera, susurró, muy bajito para que solo pudiese oírlo Ayaka:

—¿Maquillándote antes de entrenar? ¿Quieres estar guapa para él?

«¿Eh?».

No pude creer lo que oí. Siempre había tenido a Yumi por una chica espontánea y franca, fiel estereotipo de los apasionados del

deporte. No me cabía en la cabeza que acabase de soltar ese comentario tan cruel.

—No me estoy maquillando, solo es crema, tengo los labios resecos —le contestó Ayaka, sin inmutarse. Así se habla. A mí se me habría roto el corazón ahí mismo si me hubiesen dicho algo así.

Sin embargo, en cuanto Ayaka entró en la cancha, se frotó con fuerza los labios con el dorso de la mano y desaparecí al instante. Vaya, resultaba que, a pesar de su respuesta, sí se había ofendido. Yo aún no había salido de mi asombro con lo de Yumi. Qué miedo. Es verdad que alguna vez la había visto reñir a una chica por escaquearse del entreno, pero jamás me la habría imaginado soltando esa clase de comentarios. Ayaka, además de ser perfecta en muchos sentidos, nunca había ocultado que salía con un chico, lo cual solía despertar envidias. Si yo estuviese en su mismo curso y la hubiese visto aplicándose bálsamo labial e intercambiando miraditas con su novio después de empezar el entrenamiento, quizá también me habría molestado. Si Ikegami, Ayaka y yo tuviésemos la misma edad, quizá le habría metido una aguja en esa barra de labios.

No debía de resultar fácil ser Ayaka, alumna ejemplar y estrella de la escuela. Mientras divagaba en esos pensamientos, de repente la luz volvió a inundar la oscuridad. Ante mí apareció una cara, la de un chico. Era Okamoto, otro compañero del club de bádminton. «¿Eh? ¿Has abierto la mochila de Ayaka sin permiso? ¿Qué vas a hacer? ¿Por qué me coges?».

Tuve un mal presentimiento. Y acerté. Okamoto quería untarse los labios con la crema de Ayaka. «¡No! ¡Para, qué asco!».

Pero, en el momento en que la barra tocó sus labios, se detuvo. Alguien lo había agarrado de la mano. Era Ikegami.

—¡¿Se puede saber qué haces?! —le gritó.

—N... no estoy haciendo nada —respondió Okamoto, con pánico en la voz, y me estrechó en su puño. Tenía las manos empapadas de sudor.

«Me... Me ahogo...».

—Enséñame lo que tienes ahí.

Ikegami estaba intentando abrir el puño de Okamoto. «¡Socorro!», pensaba yo. Oí pasos acercándose. Finalmente, los dedos de Okamoto se abrieron y yo resbalé y rodé por el suelo. Ikegami me recogió de inmediato.

«¡Eh!», «¿Qué pasa?», decían las voces. Se estaba armando un alboroto.

—Nada, no pasa nada. Volved al entreno —contestó Ikegami, con la respiración agitada. Entre sus dedos vi como Okamoto se alejaba intentando pasar desapercibido.

—¿Qué ocurre?

Esa era la voz de Ayaka.

—Se te había caído esto.

Pasé de las manos de Ikegami a las de Ayaka.

—Anda, qué raro. Juraría que lo había guardado en la mochila —dijo ella, con cara de extrañeza. Me observó un momento y volvió a meterme en el bolsillo.

Vaya, menudo folletín. De haber tenido corazón, me habría latido desbocado. La vida de un bálsamo de labios tampoco era fácil.

Cambiando de tema, qué galán había sido Ikegami al dejar ir a Okamoto sin pedirle explicaciones. No habría sido agradable para Ayaka descubrir algo tan asqueroso como que su compañero había intentado robarle sus cosas, en concreto su bálsamo de labios, para utilizarlo él. Era mucho mejor que no lo supiera. Ikegami había llegado a esa conclusión en apenas unos segundos. Además, seguro que Okamoto ya habría escarmentado.

No obstante, que Okamoto hubiese intentado algo así solo podía significar que estaba enamorado de Ayaka. Obviamente, se había equivocado en el modo de acercarse a ella. Los tipos retorcidos como él eran proclives a volver a cometer los mismos errores. Para colmo, quien lo había pillado in fraganti y le había retorcido el brazo había sido, precisamente, el novio de la chica en cuestión. El desenlace más humillante de todos.

—Ten cuidado con Okamoto.

—¿Eh? ¿Por qué?

Esas eran las voces de Ayaka e Ikegami. ¿Dónde estarían ahora?

—Porque se ha enamorado de ti.

—¿Eh? Oh, no. Últimamente coincidimos mucho en los entrenos. Ah, ahora que lo pienso, hoy me ha parecido que os decíais algo.

—Ah, no, eso no tiene nada que ver. Es que estaba haciendo el tonto y le he llamado la atención.

—Hum... Pero, dime, ¿por qué me cuentas esto ahora?

Justo entonces se oyó el ruido de un interfono.

—Ah, ha llegado un paquete. Espera un momento.

Se abrió una puerta. Por lo visto, estaban en la habitación de Ayaka. De pronto, una mano se abalanzó sobre mí. Era Ikegami. Me sacó de la mochila, me quitó el tapón, giró la rosca para que saliese la barra y luego me limpió la punta con un pañuelo. Quería quitarme cualquier posible rastro de los labios de Okamoto. Qué amable.

Ikegami estaba en todo, era muy detallista. Me conmovió. No podía sentirme más contenta de haberme enamorado de él. Era más que comprensible que a Ayaka, la chica perfecta, también le gustase. Tras limpiarme con delicadeza, Ikegami me sopló. La fragancia del pomelo voló por la habitación. Pero entonces, con un gesto decidido, me acercó a sus labios y empezó a untárselos conmigo.

«¿Eh? ¿Qué? ¡Ikegami!».

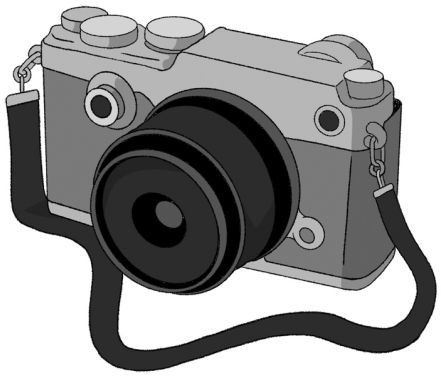
Mientras lo miraba aturullada, Ikegami volvió a guardar el resto de mí en la mochila. No me lo podía creer. Ahora estaba en sus labios, los labios del chico que amaba. Eran un poco más duros y ásperos que los de Ayaka. ¿Eso contaba como beso?

Seguía conmocionada cuando Ayaka regresó a la habitación.

—Mi abuela nos ha enviado mandarinas —anunció, con un par de mandarinas amarillas en la mano. Luego sonrió y preguntó—: ¿Quieres?

—Claro, pero antes... —Ikegami se puso en pie. Agarró su mandarina y luego, atrayendo a Ayaka hacia él, le plantó un beso. Ella dejó caer la fruta. Sentí el suave tacto de sus labios en mi cuerpo. Creo que apenas duró unos segundos. Fue un beso muy suave, aunque a mí me pareció una eternidad. La habitación daba vueltas a mi alrededor. Cuando se separaron, atisbé la sonrisa tímida y apocada de Ayaka y, justo después, mi conciencia se desvaneció.

# Capítulo 10
# Lente



«Bueno, a ver qué estará haciendo Shōta...».

«¿Eh? ¿Dónde estoy?».

Varias personas cruzaban de un lado a otro delante de mí. Un poco más allá, circulaban coches. Estaba en la ciudad.

«¿Me ha sacado de casa? ¿Dónde está Shōta?».

Mientras lo buscaba, un rostro desconocido se paró de golpe enfrente de mi lente y me llevé un buen susto. Me estudiaba entrecerrando los ojos, lo cual hizo que sus comisuras se poblaran de arrugas.

«¿Y tú quién eres?».

—Esta es de las buenas, ¿eh?

El sujeto me alzó en el aire.

—Ya lo creo. La adquirí hace muy poco, es una cámara excelente. ¿Qué te parece, te la llevas? Hace tiempo que no compras nada.

«¿Eh? ¿Cómo que "comprar"?».

Paseé la mirada por mi alrededor. Había muchas cámaras antiguas expuestas en estanterías. Entonces me di cuenta: estaba en una tienda de cámaras de segunda mano.

«Una tienda de segunda mano... Shōta, ¿se puede saber qué has hecho?».

Imposible, tenía que tratarse de un error. Seguro que ese guardián de almas se había equivocado de cámara. Qué desastre.

—El otro día vino un universitario y me dijo que tenía problemas de dinero y que le comprase su cámara.

—Vaya, ¿y qué hacía un chaval tan joven con una cámara tan buena?

—Por lo visto, se la había regalado su abuela, pero, como acababa de morir, pensó que ya no le importaría si se la vendía.

—O sea, ¿que se deshizo de la cámara nada más morir ella? Qué chico tan insensible. ¿No se le ocurrió guardársela como recuerdo de su abuela?

—Y que lo digas. Seguro que la pobre señora se está revolviendo en su tumba —dijo con una risotada quien deduje que sería el dueño de la tienda—. Y si esto te parece poco, dentro del estuche encontré un paño para limpiar lentes con las iniciales S. S. bordadas. Imagino que se las bordó su abuela, es evidente que está hecho a mano. No sé si ponerme a reír o a llorar, la verdad. Míralo tú mismo.

Le entregó un paño de color azul claro delante de mis narices. ¡Oh, no, ese pañuelo...!

No había ninguna duda, ese pañuelo era el que había bordado para Shōta. Entonces sí que estaba en la cámara correcta.

«¿Qué significa esto, Shōta? Te compré esta cámara como obsequio por haber aprobado los exámenes de ingreso en la universidad porque me dijiste que te hacía ilusión. Me gasté un buen pellizco de mis ahorros por ti. Con lo contento que parecías... ¿Era mentira?».

«Yo solo quería volver a verte, Shōta. Que contemplásemos juntos los mismos paisajes a través de la lente de esta cámara».

«Pero tú...».

«No tienes corazón. ¿Cómo te atreves a venderme por ahí? Estoy destrozada».

Evoqué el rostro de mi nieto riendo, llorando, malhumorado, cariñoso... Conocía todo su abanico de expresiones.

«Bueno, supongo que es comprensible... Los jóvenes cambian de gustos de un día para otro, imagino que ahora le interesarán otras cosas...».

«Tendré que conformarme. Al fin y al cabo, era un regalo, estaba en su derecho de hacer lo que quisiera. Yo ya no tengo ni brazos ni piernas, ni una boca para regañarlo».

Seguía sumida en mis reflexiones cuando alguien me empezó a frotar con el paño.

—Esta lente es estupenda —dijo el abuelo de antes mientras me sacaba brillo. Me giró para contemplarme desde todos los ángulos—. Me la llevo.

«¿Eh? ¿Ese anciano me va a comprar?».

—Muchas gracias.

El abuelo me devolvió al tendero, que me metió dentro del estuche, y todo se volvió negro.

En medio de la oscuridad, noté que me zarandeaban arriba y abajo. Por primera vez fui consciente de la impotencia de los bienes comerciales. Shōta siempre había sido muy caprichoso. Su madre, Yoshiko, por el contrario, era una persona muy sensata a quien la actitud de su hijo traía por el camino de la amargura. Supuse que, como de costumbre, se pasarían todo el día discutiendo. Al cabo de un rato, volví a ver luz. Me habían sacado del estuche.

—Bienvenida, abuelita.

¿Cómo que «abuelita»? ¿Acaso iban a seguir tratándome como una anciana incluso después de haberme convertido en una cámara? Aunque, bien pensado, teniendo en cuenta que yo misma también había comprado esa cámara en una tienda de segunda mano, quizá el mote me fuese como anillo al dedo. Ese hombre me estaba limpiando todo el cuerpo con el pañuelo en el que yo misma había bordado las iniciales de mi nieto. Iba a cuidar bien de mí, lo supe

por la forma que tenía de manejarme. Al menos debía estar agradecida por haber acabado en buenas manos. ¿Qué clase de personas habrían usado esta cámara antes que Shōta? ¿Por cuántos dueños habría pasado? Recuerdo que, cuando en su momento le había dicho a Shōta que por el mismo precio podía adquirir una cámara nueva y más moderna, él se había indignado mucho y se había puesto a aleccionarme con un discurso sobre el cariz analógico y único de esa época, la textura, el diseño y no sé cuántas cosas más, ¿a que sí? Quizá esas fueran las mismas razones por las que me había acabado comprando ese señor.

—Eres una buena cámara, pero tampoco es que tengas ningún atributo especial —comentó entonces, mientras me echaba el aliento en la lente, que se empañó.

«Venga, haz los honores», pensé, y entonces el anciano cogió el paño y me limpió enérgicamente.

—Los regalos que las abuelas les hacen a sus nietos no deberían terminar en una estantería. Yo te trataré bien.

«Caramba, qué caballero».

Me emocioné.

«Eres una llorona, abuela», me había dicho Shōta.

En esa ocasión también se me saltaron las lágrimas. Shōta me miraba a través del objetivo de la cámara que le acababa de regalar. «Muy bien, muy bien, así», decía, con una sonrisa enorme, y me pareció un joven tan prometedor que se me encogió el corazón. Al verme llorar, él se rio y me dijo aquella frase. ¿Desde cuándo me había vuelto tan sentimental?

—Yo también cometí el mismo error una vez... —susurró entonces el anciano.

«¿El mismo error...? Bueno, de jóvenes todos somos un poco cabezas locas... Si así tienes que sentirte mejor, adelante, trátame

todo lo bien que quieras».

Aunque, pensándolo con detenimiento, ese error del que hablaba debió de haber sucedido hacía décadas, ¿no? Dado que mis abuelos habían muerto antes de nacer yo, me costaba entender los sentimientos de Shōta o los de ese hombre. Quizá algún día, al igual que él, mi nieto también se arrepentiría de haber vendido la cámara que le regalé. Eso me costaba de imaginar. De pronto me encontré de bruces con una pared de barro verde.

Clic.

—Mi primera obra: *La pared de mi casa* —susurró el anciano, en tono satisfecho.

«Cielos, vaya loco me ha tocado. ¿A quién se le ocurre sacar fotos a las paredes?».

—Esta podría ser mi primera y última foto.

«¿Qué ha dicho?».

Todavía seguía estupefacta cuando el señor abrió una puerta corredera de cristal y me dejó dentro de una vitrina. Expuestas a mi lado había unas cuantas cámaras viejas y negras como yo. ¿Sería yo la única con alma? ¿Y si había alguna más? ¿Y si...?

«¿Hola...? ¿Hay alguien?», probé a llamarlas, observando a mi alrededor con mucha prudencia. Pero el silencio fue la única respuesta que obtuve. «Pues sí, parece que soy la única alma por aquí... Qué triste...». A través del cristal podía ver la espalda del anciano, sentado delante de la televisión. Una luz pálida cambiaba constantemente de intensidad mientras se difuminaba a su alrededor. Aunque se oían risas provenientes del aparato, él no se rio ni una vez. Permanecía con la espalda recta sin mover un músculo.

«¿Dónde he visto yo esta espalda?».

Claro, me recordaba a él. Se parecía mucho a mi esposo Yasuhiko. Yasuhiko había muerto hacía treinta años, por lo que él nunca llegó

a convertirse en un anciano como ese hombre, pero siempre se sentaba a la mesa o en el sofá con la espalda bien erguida. Supuse que, si siguiera vivo, probablemente tendría ese aspecto. Era tan honesto que a veces parecía tonto. Creo que por eso murió tan joven. ¿Y ese anciano? Me había comprado porque conocía mi bagaje. ¿Él también sería igual de honesto? De repente, el abuelo se cayó de lado.

«¡¿Eh?! ¡¿Qué le pasa?! ¡¿Se encuentra bien?! ¡¿Y si está enfermo?! ¡¿Se ha desmayado?! ¿Es que no hay nadie más en esta casa? ¿Nadie que haya oído el ruido? ¡Si hay alguien, que venga inmediatamente!». Intenté gritar con todas mis fuerzas, pero no apareció nadie. El abuelo seguía recostado, completamente inmóvil. «¿Y ahora qué hago?».

Justo entonces, se oyó una especie de ronquido y el anciano se giró hacia mí. Su boca temblaba ligeramente con cada sonora respiración. Parecía plácidamente dormido.

«Vaya, solo se ha quedado frito delante de la televisión, menos mal».

Qué susto me había dado. Ese no era lugar para echarse una siesta. De haber podido, lo habría tapado con una manta. La televisión hacía mucho ruido, pero él siguió durmiendo sin que los sonidos y las luces que se escapaban del aparato le molestaran lo más mínimo. Si Yasuhiko hubiese llegado a la edad de ese hombre y se hubiese jubilado, probablemente también se habría pasado el día en casa y se habría quedado dormido delante de la televisión, como él. Carecía de aficiones y además era bastante tacaño. En los días libres, se entretenía con el go. Reproducía la jugada del periódico en su tablero y se pasaba horas rumiando la solución. Le gustaba sentir el calor del sol de la tarde bañando su espalda y a veces se adormilaba con las fichas en la mano y la cabeza inclinada encima

del tablero. Entonces llegaba yo y le cubría la espalda con una manta. Él abría los ojos un instante y, cuando parecía que se había despertado, volvía a cerrarlos y seguía roncando. «Me estás engañando, ¿a que sí?», le susurraba yo, tocándole la espalda. Siempre la tenía caliente como una estufa. Por eso, ese día, cuando me lo encontré tumbado en la habitación bañada por el sol del atardecer, lo primero que pensé fue que se había vuelto a quedar dormido y lo tapé con la manta. Sin embargo, al rozar su cuerpo con la punta de los dedos, lo noté tan frío que me dio un vuelco el corazón.

Nuestro hoy es la continuación del ayer. El mañana, la de hoy. Pero el hoy de Yasuhiko se acabó esa tarde. Mi hoy había durado treinta años más. Nunca tuvimos hijos. Tras su muerte, me volví a casar con un hombre viudo y padre de un niño. Shōta era el hijo de su hijo, por lo que no compartíamos vínculos de sangre. Aun así, siempre nos entendimos muy bien y hablábamos mucho. O puede que no, puede que Shōta solo fuese amable conmigo cuando quería conseguir dinero. Basta, no estaba bien pensar esas cosas. Mi hoy también había concluido, como el de Yasuhiko, y no tenía ningún sentido ponerse a pensar mal de los vivos. La existencia era efímera como una flor, es lo que se suele decir. En ese momento, la única persona de quien podía cuidar yo era ese anciano que vivía solo. Si a él le pasaba algo, yo estaría allí para acompañarlo.

El día siguiente amaneció despejado. Podía sentir el calor del sol entrando por las ventanas.

—¡Mi cámara...! ¡Mi cámara nuevaaa! ¿Adónde iremos hoy...?

El anciano cantaba muy alegre. La melodía era conocida, la había oído antes en alguna parte, pero la letra se la inventaba él a su

gusto.

—¿Deberíamos olvidar nuestro último amor cuando lleguemos al final de este mundo agridulce?

Madre mía, menuda canción. Aunque yo no era quién para criticarlo. A mí también me gustaba cantar con el mismo desparpajo cuando estaba sola. Una no se imagina que la vigila una cámara de fotos.

—Ninguno de los dos lo deseaba, pero se enamoraron, y así acabaron, en el fondo del estanque...

¿Qué historia era esa? ¿Acaso se habían convertido en sapos? El abuelo se estaba preparando frente a la puerta de cristal, arreglándose el pelo justo delante de mí. Se servía de un peine para dirigir su tupido cabello plateado, levantando el flequillo hacia atrás para darle más volumen. Un peinado un poco raro, en mi opinión, pero los diestros movimientos de sus manos evidenciaban que no era la primera vez que lo hacía. Yo sí que era la primera vez que lo veía y me pareció muy moderno. El día anterior llevaba un peinado distinto, así que supuse que se estaba arreglando para una ocasión especial.

Una vez que estuvo listo, el anciano me cogió y me sacó del armario. Como iba dentro del estuche, donde todo estaba oscuro, no tenía forma de saber exactamente lo que pasaba, pero al cabo de un rato percibí el traqueteo de un tren, la vibración perfecta para echarse una cabezadita. En la oscuridad, una perdía la noción del tiempo. De vez en cuando, se oía algún anuncio por los altavoces del vagón, aunque no llegaba a entender lo que decían. ¿Adónde nos dirigíamos? Iba de viaje con un desconocido. En vida, jamás habría podido hacer algo así. La aleatoriedad de esta clase de encuentros no dejaba de sorprenderme. La luz me deslumbró. Una sombra de color melocotón se plantó enfrente de mis narices. Eso eran...

¿Cerezos? Sí, lo eran. Entre sus flores se apreciaban recortes de un cielo azul.

Clic.

El obturador se disparó. Así que el anciano había ido a sacar fotos de los cerezos. Estaban en plena floración. Sus pétalos me acariciaban suavemente al caer.

—Qué buen día hace hoy —dijo alegremente. Y luego añadió, en voz alta—: A mí el buen tiempo siempre me acompaña.

¿Con quién estaría hablando? Mi lente solo apuntaba a las flores y carecía de contexto. ¿De dónde serían esos cerezos? Teniendo en cuenta que se había tomado la molestia de subir al tren para ir a verlos, era de esperar que se tratase de un lugar bastante famoso. Si no me equivocaba, los cerezos que se reflejaban en mi lente eran de la clase *yoshino*, bastante comunes. Aunque oía conversaciones de gente hablando a mi alrededor, el anciano no enfocaba nada más que el cielo y las flores.

«Abuelo, deja ya los cerezos e intenta sacar fotos un poco más creativas, con el paisaje de fondo o gente interesante, digo yo. Flores y cielo, cielo y flores, todas son iguales, parecen las postales de una oficina de turismo».

Todo el rato con lo mismo, los cerezos y el cielo. Rosa pálido en un fondo azul claro. La primavera. A decir verdad, nunca fui muy aficionada a eso de ir a ver las flores, y era la primera vez que las contemplaba tanto rato seguido. Sin embargo, ahora que podía observarlas de cerca, tenía que reconocerles cierto encanto. Las cosas como son. Eran muy hermosas. Quizá por eso la primavera alegraba los corazones. Aunque siempre hubiera pétalos cayendo. Era como si las flores fueran a absorberme.

«Oye, abuelo. A ver si me dices ya tu nombre, para no tener que seguir llamándote "abuelo" toda la vida. Supongo que tarde o

temprano me enteraré, pero me gustaría que fuese cuanto antes mejor».

Unos dedos delgados y secos me agarraron y volvieron a apretar el botón del obturador. De ahora en adelante, contemplaríamos juntos los mismos paisajes, ¿verdad? Todo lo que a ese hombre le pareciese bello. Pues no estaba tan mal. Se pasó la correa de la cámara por el cuello y quedé colgando encima de su pecho. Riadas de gente paseaban tranquilamente debajo de los cerezos. En ese momento comprendí que pasaría el resto de mis días junto a ese hombre, una realidad que fue colmándome lentamente de felicidad.

—Disculpe, ¿podría decirme cómo llegar al mar? —oí que preguntaba a alguien.

«¿Eh? ¿Vamos a la playa?».

¿Cuántos años habrían pasado desde la última vez que había visto el mar en primavera? Yasuhiko me había llevado hacía mucho mucho tiempo. En esa ocasión, la arena estaba llena de tiras de *wakame* a medio secar y rábanos floridos. ¿Habría lo mismo en esta playa? Ojalá. Seguro que sí. Mientras me mecía suavemente en el pecho de ese señor cuyo nombre aún desconocía, pusimos rumbo al mar.

# Capítulo extra
# La joven bajo el níspero



Su hermosa y única hija cayó enferma. Estaba tan grave que el médico que la visitó no le dio ninguna esperanza: la joven moriría antes del amanecer. Cuando oyó la noticia, la madre rompió a llorar desconsoladamente. Al caer la noche, la muchacha, consciente de que su vida estaba acabando, le dijo:

—Mamá, siento no poder vivir más que tú.

—No digas eso, tienes que seguir adelante —le respondió ella.

Pero la joven negó lentamente con la cabeza.

—No, conozco mi cuerpo y sé que no me queda mucho —repuso con voz calmada.

Su madre, incapaz de contestarle, rompió a llorar otra vez. La muchacha, también con lágrimas en los ojos, posó la mirada en el techo.

—Mamá, tengo un último deseo —dijo—. Cuando muera, quiero que entierres un cabello mío debajo del níspero del jardín. El primer brote que germine será mi alma.

—¿Un solo cabello... debajo del níspero?

—Sí, por favor.

—Lo haré. Te lo prometo.

—¿Seguro?

Sin secarse las lágrimas, la madre estrechó la mano de su hija y asintió con vehemencia.

—Qué bien...

Tras estas últimas palabras, los labios de la joven se curvaron en una leve sonrisa aliviada y, justo después, su aliento se apagó.

Tal y como había prometido, la madre tomó un cabello del cuerpo de su hija y lo enterró debajo del níspero. Luego, como si acabase de plantar una semilla, lo regó con abundante agua y juntó las manos en posición de rezo. Las lágrimas que resbalaban por sus mejillas se unieron a la tierra húmeda donde había enterrado el cabello. Un día, en ese mismo lugar, apareció el primer brote verde. Al verlo, la madre pensó que era el espíritu de su hija y empezó a regarlo, a nutrirlo y a cuidarlo con esmero, dedicándole oraciones mañana y noche.

El brote fue creciendo hacia el cielo, hermoso y grácil como antaño lo había sido su hija, y, cuando alcanzó las hojas del níspero, se enroscó alrededor de su tronco. Noche tras noche, el tallo de la planta siguió alargándose, hasta que de él nacieron nuevas y frondosas hojas que acabaron tapando el tronco y las ramas del níspero. La planta que con tanto esmero había cuidado la madre de la joven cubrió el árbol hasta que este ya no se podía ver. Entonces empezó a absorber toda su sabia y nutrientes y, con el tiempo, el níspero terminó secándose. Una vez que se secó, el tronco empezó a pudrirse silenciosamente en el interior de la planta epifita hasta que se derrumbó. Tras quedarse sin el pilar que la sostenía, la planta permaneció suspendida en el aire, vacía y endeble, oscilando a merced del viento.

La madre, que no podía creer lo sucedido, se agachó para recoger un pedazo del tronco podrido del níspero. En ese momento, oyó una voz proveniente del cielo:

—Cuánta felicidad... —La madre alzó la vista hacia la voz—. Cuánta felicidad, cuánta felicidad...

Provenía de la planta que flotaba en el aire, era la voz de su amada hija.

—Pero el níspero se ha secado... —dijo la madre afligida, mirando la planta.

—Sí, así está bien —dijo la voz, temblando al viento—. Ese era el árbol de Shinemon. Germinó del hueso de un níspero que se comió Shinemon. Yo misma lo planté en el jardín hace mucho mucho tiempo.

—Hija... —empezó a decir la madre, pero, justo en ese momento, un vendaval proveniente de la montaña arrancó de cuajo la planta y la dispersó al viento hasta que no quedó nada de ella.

Su hija había amado a Shinemon desde muy pequeña, pero él se casó con otra mujer cuando ella enfermó. La noticia había llegado a sus oídos justo el día antes de morir. El mismo día que el níspero se secó, Shinemon falleció de pie mientras trabajaba en el campo.

—Cuánta felicidad...

Tras volver del funeral de Shinemon, a la madre le pareció oír de nuevo la voz de su hija, pero quizá fuese solo el rumor del viento.

Fin

# Agradecimientos

Mientras escribía este libro no podía dejar de pensar en una frase en inglés:

*If I were a bird, I could fly to you.*
[Si fuera un pájaro, podría volar hacia ti].

Si no recuerdo mal, creo que la aprendí en secundaria, me salió de ejemplo cuando estudiaba el pretérito de subjuntivo. La repetimos toda la clase en coro. Era una calurosa tarde de verano. Desde el otro lado de las ventanas nos llegaba el ronroneo del cortacésped. La frase que seguía era muy triste: «Pero, como no soy un pájaro, jamás podré volar». En mi opinión, esta clase de hipótesis nos permiten reinterpretar la realidad desde un enfoque distinto. A la hora de escribir este libro, formulé muchas hipótesis de ese tipo. Luego pensé qué cosas movían a cada uno de mis personajes, qué cosas hacían que fueran quienes eran. Me hará muy feliz que vosotros también podáis disfrutar de este mundo de hipótesis.

Me gustaría expresar mi más sincero agradecimiento a Fuyuko Kiire, de Chikuma Shobō Co. Ltd., por sus rápidos y siempre detallados consejos desde que empecé la serie en Web Chikuma hasta la publicación del libro.

11 de marzo de 2007,

NAOKO HIGASHI

# NOTA DE LA AUTORA

Justo después de publicar este libro, empezaron a llegarme peticiones para leer fragmentos en público, algo que jamás se me habría ocurrido que sucedería cuando lo terminé. Me pedían permiso para leerlo en programas de radio, locales de música o actuaciones, centros comunitarios y otros muchos sitios. Todavía ahora se sigue leyendo en alguna parte del mundo año tras año. Aunque de la primera historia, «Colofonia», es de la que más peticiones he recibido, todas se han leído en público al menos una vez. Supongo que uno de los motivos por los que estas historias son tan atractivas es que pueden leerse en veinte o treinta minutos a lo sumo, aunque quiero pensar que esta no es la única razón.

Mientras daba vueltas a esa cuestión, me acordé de lo que sentí al escribir este libro. Cada historia trata de un objeto en el que el difunto ha depositado su alma para regresar al mundo del que partió. En otras palabras, son historias sobre personas que acaban de morir, historias sobre la muerte que nos acecha a todos y cada uno de nosotros. Antes de empezar a escribir, imaginé qué clase de pesares o arrepentimientos podía albergar alguien al morir, así como cuáles serían las personas más importantes de su vida y las cosas que querría decirles al reencontrarse con ellas convertido en un objeto.

Prácticamente empecé a escribir todas las historias una vez que tuve muy claras las palabras con las que las terminaría. En realidad, más que escribir estas últimas palabras, podría decirse que escuché

su eco en mi interior. A partir de ahí, narré en primera persona las historias de cada uno de los difuntos hasta llegar a su desenlace. Reconozco que fue un ejercicio mentalmente agotador. Sin embargo, ahora pienso que quizá estas mismas palabras hayan dejado una huella en los corazones de las personas que las leyeron en voz baja, de aquellos que las dramatizaron para el público o simplemente de aquellos que las escucharon.

Siempre hay alguien rezando por otro alguien en algún rincón del mundo. Ojalá mi libro forme parte de las oraciones de muchas personas. Esto me haría increíblemente feliz.

25 de marzo de 2011,

NAOKO HIGASHI

# Notas

1. El nombre *Momoko* significa literalmente ‘niña melocotón’. *(N. de la T.).*

*Un último instante contigo*
Naoko Higashi

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: とりつくしま
Publicado originalmente en japonés como TORITSUKUSHIMA por Chikumashobo Ltd., Tokio. Los derechos de traducción al español fueron gestionados con Chikumashobo Ltd. a través de The English Agency (Japan) Ltd. y New River Literary Ltd.

© Naoko Higashi, 2025
Todos los derechos reservados.

© de la traducción, Marta Moya (DARUMA Serveis Lingüístics, SL), 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Neko Books es un sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.nekobooks.es
www.planetadelibros.com

Ilustraciones de interior: © Ana Oncina

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2025

ISBN: 978-84-10427-20-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta